

# El Motín

AÑO XIX NÚM. 25

REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO

23 JUNIO DE 1900

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. — Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Número suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## Suspensión de garantías

Las garantías constitucionales han sido suspendidas en Madrid y su provincia.

Cuando la anterior suspensión, propuse que dejáramos de publicar los periódicos. Muchos colegas me dieron la razón, pero ninguno me imitó.

Por esto seguirá ahora publicándose El Motín, si lo dejan, y bailando al son que le toquen.

## Alfredo Calderón

Hace mucho tiempo, tal vez años, que vengo teniendo el veheméntísimo deseo de escribir unas cuantas cuartillas dedicadas al eminente periodista cuyo nombre rotula este artículo. Pero como sé cuál es la verdad de los bombos periodísticos; como estoy en el secreto y conozco el resorte por medio del cual se dispara hoy en día un artículo encomiástico a la cabeza de cualquier imbécil; como jamás se ha podido indignar nadie tanto como yo al leer esas declamaciones que dicta la compinchería literaria o política, y que la audacia y la sinvergüenza llevan hasta la grandeza bufa; como de todos los mendigos, los mendigos literarios que manejan el incensario grosero de la adulación, son los que más desprecio, por todas estas razones y por temor de que pareciese exagerado el resumen exacto de la impresión propia al ocuparme de Alfredo Calderón, he venido retrasando día tras día la satisfacción de mi deseo.

Sin embargo, la otra mañana un artículo suyo me produjo un verdadero efecto de sorpresa. Ciertamente aquello estaba demasiado bien escrito, y, escríptulos a un lado, acabé por decidirme. Después de leerlo, nadie podría ya dudar de que lo austero de la verdad tendría que guiar la pluma de cualquiera que se ocupase de este escritor, cuyas creaciones se destacan todas por su amplitud grandiosa y magistral.

Además, nadie mejor que yo, que vivo retirado y lejos de todo pandillaje y relación literaria, podía hacerlo. A Alfredo Calderón ni aun le conozco; no sé si es alto o bajo, rubio o moreno, guapo o feo. Nuestros periódicos ilustrados, por cuyas páginas han pasado los retratos de casi todos los cómicos, literatos, políticos y periodistas que disfrutamos—la mayoría despidiendo un insoportable olor a medianía, no creo que hayan publicado el suyo. Los activos *reporters* de los diarios de gran circulación que constantemente nos están dando noticias de la hora a que se levanta el político fulano o se acuesta el escritor perengano, no creo que jamás se hayan ocupado de él. ¡Qué más! en esas páginas de los grandes rotativos de Madrid no he visto nunca artículos suyos. Nada; parece que se ha hecho el vacío alrededor de la personalidad y los escritos del que indiscutiblemente es el primero de los periodistas españoles.

Esto debe de ocurrir por varias razones. En primer lugar, porque Alfredo Calderón es republicano de veras. Y ser republicano en este bendito país, en el que tal partido—si partido hoy puede llamarse—no sabe hacer otra cosa que inutilizar a sus más fieles adeptos; en un partido en el que los correligionarios, en vez de ayudarse unos a otros política y socialmente, no hacen otra cosa que repartirse latigazos tremendos o arrojarle todo a la cara; en un partido en el que desgraciadamente no parece sino que las bajas pasiones, las ruines envidias y las rencillas mal comprimidas se han dado cita de algún tiempo a esta parte, es querer voluntariamente inutilizarse, sufriendo heroicamente el sacrificio de la personalidad en aras de un ideal querido. Además, Alfredo Calderón no es un periodista de los que se digieren fácilmente; no sabe hacer artículos solamente para recreo de los ojos de los lectores poco instruidos; no dice vulgaridades vibrantes, ni hace frases huecas, ni escribe puerilidades. Estoy seguro de que es incapaz de crear uno de esos hermosísimos, brillantes y bien escritos artículos, lleno de comadrerías y noticias de baja estofa, que acerca de la bondad del queso de bola de la fábrica B o la elegancia de la trapería recientemente establecida por X escriben algunos redactores de los periódicos de gran circulación. No sirve, pues, para el caso.

Luego viene lo más grave. El hombre se atreve a tener opinión propia en todas las cuestiones; es una inteligencia que se respeta a sí misma; tiene una personalidad muy pronunciada; en fin... sabe demasiado, ¡qué demonio! Y todos estos son defectos magnos en un periodista español.

Nuestra prensa no pide, como la francesa, talento, cualquiera que sea la etiqueta del escritor, no. Aquí necesita empezar el que

al periodismo quiere dedicarse y progresar, por prescindir en absoluto de lo que él puede pensar, para tener siempre la misma opinión que el director de las publicaciones en que se escribe; por servir para todo, lo mismo para traducir telegramas que para entretener al nene de la directora; por volverse anodino, mediocre y comparsa; en una palabra, para emborronar cuartillas sin exponer pensamientos. Claro que esta regla general tiene excepciones, de igual manera que, aunque raros, también hay tréboles de cuatro hojas. Pero lo cierto es que Calderón, por todo esto, tiene que refugiarse en la prensa de provincias.

Y es verdaderamente lastimoso que esos hermosísimos artículos, que al leerlos dan bruscamente la emoción de lo grande; que esos artículos admirablemente pensados y cincelados por una prosa brillante y castiza; que esos artículos, algunos de los cuales—me atrevo a decirlo—son una fecha, sean enterrados, aunque en importantes periódicos, en periódicos de provincias al fin. Ciertamente al escribir con destino a un periódico, sea éste cual fuere, lleva ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia, según decía Larra; pero no es menos cierto también que algunas de las creaciones de Calderón no son los pequeños objetos de arte que la prensa diaria ha puesto al alcance de cualquier principiante, sino admirables concepciones que tienen derecho a vivir, pues sobre ellas se puede pensar indefinidamente.

Hoy el nombre de Alfredo Calderón es conocido y respetado, aunque me parece que no es un escritor popular en el sentido que se da vulgarmente a esta palabra. Para mí no es esto extraño, teniendo en cuenta que nadie comprende a otro más que en la medida de su inteligencia. Es doloroso confesarlo, pero hay que rendirse a la evidencia. Es una regla general que se ve constantemente confirmada en la práctica: «La admiración de la generalidad de las gentes está siempre en razón inversa de la intensidad del genio individual.»

Y como Calderón no hace tampoco nada por ser populachero; como no halaga las pasiones del vulgo; como no emplea frases gruesas, ni salpica sus artículos de palabras inmundas; como no llena de lodo las reputaciones como otros escritores mal nacidos; como no adula a los de abajo, repartiendo porque sí latigazos a los de arriba; como su fina sátira, en fin, jamás rebasa los límites de la mala educación, no es extraño que su nombre no sea todo lo conocido que debería. Sin embargo, ¡cuántos escritores, hinchados de vanidad, que se creen servir para algo, pueden estudiar en los artículos de Calderón! ¡Cuántas reputaciones académicas o academizables deberían aprender a escribir de este distinguido periodista, honra de la prensa española!

Hoy, que los semisabios de ocasión lo llenan todo, haciendo correr la medianía a raudales; hoy, que es corrientísimo escribir sin estudios y hablar sin pensar, los artículos de Alfredo Calderón, profundos, filosóficos, intencionados siempre, castizos, sin un giro raro ni una incorrección gramatical, deberían llamar la atención constantemente. Y ciertamente que si no la llaman, suya es la culpa, por haberse dedicado a escribir en un país como este, que cree deber lo mismo al artista que al zapatero o al destripaterrones. Hubiérase dedicado a la política de intriga, a jugar a la Bolsa o a cualquiera de esos otros negocios lucrativos que bordean los artículos del Código penal, y tal vez a estas horas ya sería conocidísimo, personaje, diputado, senador, ministro tal vez... Ya que le ha reñugado hacerlo, consuélese al saber que por ahí se le respeta y se le admira, tal vez no del todo desinteresadamente, ya que, según ha dicho Madame Sial, «la virtud que más se acerca al genio es la de comprenderlo y admirarlo.»

MARIANO CUBER

Querido amigo Cuacarella, en Carcagente:

Tenía ya compuesta su carta, tan clara, tan enérgica y tan razonada, fustigando a los jefes de las fracciones republicanas y personajes adyacentes.

Pero se han suspendido las garantías constitucionales en Madrid, y no quiero publicarla en este número, porque no pareciera que lo hago como recurso para llenarlo.

Irás cuando lo crea oportuno, porque conviene mucho que los republicanos se fijen en sus conceptos y mediten sobre su tendencia.

## RESCATE

El comercio con el genio es siempre feo. He aquí que leyendo *Resurrección*, de Tolstoi, tropiezo con el siguiente párrafo:

«No podríamos arreglarnos para garantizar sus sueldos a todos esos funcionarios y aun ofrecerles una prima, a condición de que se abstuviesen en lo sucesivo de esas tareas nefastas que los desgraciados se creen obligados a ejecutar para ganar su dinero.»

El gran Tolstoi alude aquí a los funcionarios del orden judicial, cuyas deficiencias, como diríamos por acá, pinta tan maravillosamente en su hermoso libro. Con am-

pliar la idea, aplicándola a todo orden de funcionarios, se habría hecho un bien positivo a las sociedades decadentes. Quién sabe si no está ahí el secreto de nuestra tan buscada regeneración.

Puesto en lugar del Directorio de la Unión Nacional, y a la cabeza los gobernantes, en nombre de los contribuyentes, la siguiente proposición: «Estados cobrarán íntegros en lo sucesivo, a los empleados, beneficios y obviaciones. Ni un céntimo les será mercedado en sus provechos. Ninguna legítima expectativa de los aspirantes políticos se verá frustrada. Pero ha de ser con una condición: la de que, de aquí en adelante, no pretendan prestar servicio alguno. Todos quedaremos así satisfechos por igual: ustedes porque cobran y huelgan; nosotros porque nos vemos libres de ustedes. Las apariencias del Estado pueden seguir siendo las que son. Habrá dos partidos o más, si ustedes gustan. Esos partidos se sucederán en turno riguroso, distribuyéndose el beneficio. Los jefes designarán a sus compañeros de gobierno. Estos, a su vez, nombrarán para los altos y bajos cargos administrativos a las personas de su mayor estimación. Habrá, si se quiere, Cortes en que se hable, y una *Gaceta* en que se escriba. Todo, todo, con tal de que nadie pretenda mandar sobre los demás ni servir para cosa alguna. ¡Ah! Además, el personal de los partidos actuales y el de los actuales funcionarios no podrá ampliarse al futuro. Se formará con él un escalafón cerrado, en que no se consienta nuevo ingreso y donde las bajas ocasionadas por la muerte redentora sean amortizadas en beneficio del país.»

¿Quién no ve las ventajas de este convenio? ¡Adiós empleomanía y burocracia! ¡Adiós caciquismo y expediente! ¡Adiós clericalismo y centralización! La sociedad española se verá curada como por ensalmo de sus mayores dolencias. La gran ramera de todo progreso, el gran enemigo de toda reforma, habrá desaparecido; la iniciativa individual se desarrollará en proporciones gigantescas. Nadie sufrirá engaño confiado en servicios que no existen. Cada cual cuidará de su seguridad y la de los suyos. Los servicios necesarios, aquellos sin los que una nación culta no puede existir, se organizarán espontáneamente. Sin duda habrá una época de transición oscura y revuelta. Pero de ese caos surgirá un Estado nuevo, hijo de las entrañas mismas de la sociedad, mientras el viejo Estado se seca y muere en el *spoliarium* de la nómina.

Transformaciones de esta magnitud han sido hechas revolucionariamente. Al salir del período protohistórico, más o menos semejante al soñado «estado de naturaleza», el orden social se constituye como mejor puede, creando costumbres, leyes, instituciones. Pero sucede a veces, muchas que esas costumbres, instituciones y leyes degeneran, acabando por hacerse intolerables. Sus inconvenientes superan con mucho a sus ventajas. La sociedad entonces, presa en la trama de sus propias creaciones, acaba por romper la tela para poder respirar y vuelve por un momento al estado primitivo, a fin de reconstituirla de nuevo. Eso son las revoluciones. Lograr el mismo resultado sin trastornos, sin violencias, sin los infinitos males que lleva siempre aparejados la revolución, es lo que constituye la excelencia y la novedad de nuestro intento. Gracias a este medio ingenioso, España podrá volver al pristino estado de las naciones que comienzan, deshacer el nudo y reeditar los rumbos de su historia, pagando por ello lo que sea.

Que es caro! Mal puede ser caro el pagar a un precio cualquiera aquello que no tiene precio. Todo el oro del mundo no equivale al valor de la libertad. Aun desde el punto de vista puramente utilitario, el nuevo orden de cosas resultaría mucho más barato que el actual. Con aquél pagaríamos la inacción; con éste pagamos el perjuicio. ¡Quién puede en razón estimar gravoso el librarse por seis mil duros de Silvela y por cuarenta y dos de todos sus compañeros de gobierno! El bolsillo del contribuyente se vería aliviado de todo lo que, aparte los tributos, nos cuesta la administración. El que tenga un asunto pendiente de resolución en cualquier oficina, nos dará seguramente la razón. Los acreedores del Estado acaso condescenderían en venir a un arreglo equitativo, si no tuviesen en el gobierno patronos y valedores que pintan la nación como opulenta. Eritaríamos el peligro de que nuestros gobernantes nos metan en un nuevo berengenal, en el cual, para perder lo poco que nos queda, gastemos otra millonada. Y, en fin, por este sistema el desbarajuste tendría un límite, la esperanza un horizonte, y con el cuerpo del último político podríamos dar a la política vieja por definitivamente enterrada.

Se dirá que no hemos de pagar aquello que no debemos! Es una cosa cuestionable. Entre los teorizantes del despotismo y los de la democracia no media más que una diferencia: la relativa a la posibilidad de enajenar la soberanía. Según Grocio y Hobbes, los pueblos abdican de su libertad y se hacen siervos. Según Rousseau, la soberanía es por naturaleza inalienable. Los que siguen esta opinión juzgan nulo todo contrato por cuya virtud el hombre, individual o colectivamente, pierde su libertad, y licita la resistencia a observar semejante pacto. El pueblo español no es de ese dictamen. El ha entregado su libertad por la

tácita, a las oligarquías imperantes. El no está dispuesto a reivindicarla por la fuerza. Si ha de recobrar la posesión de sus destinos, menester es que compre su manumisión y que pague en dinero contante el rescate de su cautiverio.

ALFREDO CALDERÓN

El día del Corpus y al pasar la procesión por frente al colegio de abogados de Figueras, pusieron en los balcones unas colgaduras de gran valor.

Que las gentes sin educación ni instrucción hagan alardes de fanatismo religioso, a nadie le extraña: las religiones viven siempre en dulce consorcio con la ignorancia.

Pero que los hombres ilustrados los hagan, aun cuando sea para buscar clientela, para no perderla, es una pequenez de espíritu que en ocasiones excita la risa, que en ocasiones produce asco.

## RECUERDO OPORTUNO

Morayta, hablando de lo ocurrido en la Asamblea de Concentración democrática, recuerda con mucha oportunidad lo siguiente:

«Su *leader* el señor Sol y Ortega, al defender en el Congreso su acta, no encontraron nada más hábil que hablar contra los diputados republicanos que no la combatieron, diciéndoles en nombre de la Concentración democrática, cuyos poderes ostentaba: «Hacéis bien en temerme, pues aquí estoy resuelto, y para eso he venido, a quitaros la parroquia.» y los parroquianos de Sol y Ortega aprovecharon la primera ocasión hábil para manifestarle con buenas palabras, pero con muchos votos, la resolución de arrojarle de su lado.»

A Sol le ha pasado lo que a otros muchos hombres que se creen importantes: sienten odio terrible hacia una persona, que es Salmerón, y toda su política se reduce a molestarle o a anularle. Y bien sea por falta de condiciones para luchar contra él, o porque el odio mismo los ciega, ello es que toda su labor resulta al fin favorable al que intentan inutilizar.

Ahora mismo, Salmerón estaba todo lo mal colocado en la política republicana que puede estarlo un hombre que vale lo que él. No era diputado, acaso por maniobras de Sol. y, por lo tanto, ni pertenecía al Directorio de la fusión, ni tenía otra autoridad que la de su renombre.

Pues bien: se arma ese lío de la unión, los *parroquianos* eclipsan a Sol, y éste, después de tantos desplantes, y tantas arrogancias, y tanto caminar por trochas y vericuetos, ha ido a caer de cabeza a las plantas de Salmerón, a quien tiene hoy que reconocer por jefe, sin perjuicio de procurar echarle alguna zancadilla, dado que esto es en él más que hábito, costumbre; más que costumbre, necesidad orgánica.

Y a pesar de decir esto, reconozco en Sol una condición que pocos políticos tienen; la de conocerse a sí mismo.

A raíz de aquel hermoso discurso que pronunció acerca del fusilamiento del capitán Clavijo, fui a verle al hotel de Embajadores y le dije: «Este es el momento para usted. Levante valientemente la bandera revolucionaria y el partido republicano lo aclamará como jefe.» Y me contestó: «No sirvo para eso.» Yo creí que hablaba de aquel modo por modestia, é insistí.

Hoy comprendo perfectamente que él tenía razón, y yo no. Sol es un hombre que, como casi todos los nuestros, vale mucho, pero sirve para poco.

Nota: Como no quiero envejecerme con méritos ajenos, declaro honradamente que yo no habré escrito el artículo anterior, si Morayta, que está ahora unido a Sol, no me da la primera materia.

Esto prueba que se han unido para todo, hasta para mordirse.

## LA PENA DEL TALIÓN

Casi todos los domingos en el primer periódico que cojo leo esta noticia:

«Ayer fueron denunciados nuestros estimados colegas *El País*, *Don Quijote*, *Progreso*, *Las Dominicales* y *El Motín*.»

Hay que advertir que *El País*, diario, sufre igual percance la mayor parte de los días, y los otros, semanales, casi todas las semanas.

Esta persecución contra la prensa que hace política republicana y radical, que han emprendido y siguen con constancia todos los gobiernos de la monarquía, no me extraña ni me indigna lo más mínimo.

La encuentro muy natural, y lo absurdo sería que ellos, los monárquicos, se mostraran indiferentes o benévols con los enemigos que diariamente les atacan poniendo en evidencia las deficiencias del régimen a cuya sombra viven y mandan.

Este ejemplo que los monárquicos dan de su falta de respeto a la libertad de la prensa y de las ideas, puede servir mañana a los

republicanos para proceder en analogía y justa reciprocidad contra ellos.

Cuando los republicanos benévols y respetuosos con todas las opiniones saquen a relucir el Cristo de la tolerancia y de la libertad igual para todos, habrá motivos más que suficientes para mandarlos a freir espárragos con sólo recordarles la conducta que los monárquicos siguieron con nosotros.

Fíjense en que la prensa carlista y clerical, furiosamente reaccionaria, ataca y censura casi con mayor violencia que nosotros a la actual monarquía y a sus gobiernos, sin que éstos se metan para nada con ella ni la hagan sentir el peso de la ley ni el celo de los fiscales, que con tanta frecuencia y rigor hacen caer sobre la prensa republicana y anticlerical.

Es natural: restauradores y carlistas, jesuitas y clericales son afines, ramas del mismo tronco, y se tienen, aun cuando aparentemente se combatan, todas las consideraciones propias entre gentes de la misma calaña.

Los republicanos y anticlericales ya somos otra cosa, se nos considera como único enemigo común, y unos nos combaten por cuantos medios tienen y otros nos persiguen con todas sus fuerzas.

Recuerdo esto y ruego a todos los correligionarios y amigos que no lo olviden para mañana.

El día en que la República triunfe, cuando España pueda saludar ese día feliz que será el primero de su redención política y el primer paso que dé para llegar al estado de dignidad que es propio de un pueblo que quiere seguir las corrientes del progreso y de la vida moderna, entonces los gobiernos de la República respetarán y harán respetar todas las ideas, todas las opiniones, todas las manifestaciones del pensamiento en la prensa, en el libro, en la tribuna, en todas partes, pero entiéndase bien, siempre que esas ideas y manifestaciones no sean monárquicas, clericales, reaccionarias.

La prensa, el libro, la tribuna en que se defendan toda clase de ideales, sean los que quieran, con tal que su finalidad vaya encaminada a un adelanto, a un progreso, aunque pequen de exagerados y disolventes, dentro de la propaganda que reconoce el derecho de la libertad de pensar y de escribir, serán respetados por los gobiernos y amparados eficazmente si elementos extraños intentaran coartarlos.

Pero allí donde surja un periódico monárquico o clerical que ataque a la República y quiera encauzar la opinión de los ignorantes en sentido reaccionario, debe caer todo el peso de la ley, de la autoridad y hasta de la arbitrariedad para reducirlo al silencio y a la impotencia.

Eso hacen ellos ahora con nosotros y no es lógico que puedan esperar otra cosa que el ser medidos con la misma vara.

¿No dicen ellos que lo hacen por la monarquía, para cuya defensa todo es lícito?

Pues igual derecho invocaremos nosotros en favor de la República cuando llegue el día en que podamos exigir cuentas a los detentadores de la soberanía nacional, haciéndoles pagar sus actuales persecuciones y atropellos cobrándoles diente por diente, ojo por ojo.

JOSÉ CINTORA

## ¡Deshonremos la guerra!

Así gritaba Víctor Hugo en un arranque de bardo que presente el porvenir. Deshonrémosla y suprimamos las instituciones y los hombres que tienen interés en mantener esta vergüenza de la humanidad.

Por más que se esfuerzen los panegiristas de la guerra para demostrar que es el estado natural del hombre y la paz el ensueño de los filósofos, siempre el movimiento de conmiseración y arrepentimiento que se experimenta al ver de cerca las consecuencias de la lucha, demostrará que la guerra es un fruto artificial de la organización absurda que hoy tiene la sociedad; una vergüenza que sobrevive como rastro de tiempos en que la fuerza y la autoridad absolutas ocupaban el sitio del derecho y la libertad.

Napoleón llorando ante los cadáveres amontonados en las Tullerías después de la jornada del 10 de Agosto y extreñeciéndose de horror en el campo de batalla de Austerlitz al cerrar la noche, contemplando las pirámides de hombres destrozados, oyendo el lamento lúgubre de los heridos, es la mejor demostración de que la guerra es una creación artificial de la maldad humana. Por encima del asesino profesional que se valía de la ciencia para matar mejor, con menos riesgo y mayor gloria que el pobre foragido que sale a la carretera, el horror hacia aparecer al hombre en la acepción más pura y noble; al hombre que por destacarse en el más alto escalón de la vida y por llevar dentro de su cráneo la llama del pensamiento que en las especies inferiores apenas si brilla como fuego fátuo, tiene la misión de crear, y no la de destruir.

La prueba de que la guerra entre los hombres no es un estado natural, la da también el hecho de que, conforme avanza la civilización os cada vez más rara, sólo surge con largos intervalos de paz y provoca en todos los pueblos una protesta de la minoría intelectual que conoce los fines de la vida humana. Día llegará que de todos estos



grandes ejércitos que consumen inútilmente la mayor parte del capital humano, de tanta pluma de avestruz, tanto galón de oro con colorines chillones, tanto ruido de costosa ferreteria y un pasado de sangre, carnicería y palabras huecas de honor, bandera, etc., sólo quedarán como recuerdo las banderas de música; y la humanidad del porvenir, refrescándose en sus sonoras ondas para aprender con más fuerza la lucha del trabajo y la conquista de la naturaleza, no podrá explicarse cómo sus abuelos eran tan imbéciles que, enardecidos por el arte que hace amar la vida, iban a romperse la cabeza y á hacer en el campo ruidos de fleas.

No es culpa sólo de los reyes ó los gobiernos que aún subsista la guerra; no son responsables únicamente los grandes negociantes, los explotadores de los pueblos; lo somos todos, que estamos dispuestos siempre á acallar á los matones de éxito, y quedamos con la boca abierta por la admiración ante la prontitud con que un rebaño de hombres sabe pasar á cuchillo á otro rebaño, quemando las casas de los vencidos, apoderándose de su dinero, violando sus mujeres y arrojando sobre sus ciudades un diluvio de hierro y fuego. Es un defecto de nuestra educación, de la enseñanza que se da en todas las escuelas del mundo, donde la historia es la apoteosis de la brutalidad. Fenicia que inventa el abecedario y la marina y crea el comercio, no merece atención de maestros y discípulos al lado de Roma y otros pueblos que se pasean por el mundo tremolando la espada y la antorcha incendiaria; la silenciosa tarea que precede á los grandes descubrimientos nada vale al lado de Sagunto, Numancia, etc., y nos extremecemos de entusiasmo leyendo que ciudades enteras se entregaron á las llamas y sus habitantes se suicidaron antes que tolerar la presencia de otros hombres que sólo se diferenciaban de ellos por haber nacido en distinto sitio.

Dentro del horrible crimen que representa la guerra, establecemos simpatías y antipatías; sólo son hombres los que merecen nuestro afecto, y, por ejemplo, en la presente guerra africana, cuando sabemos que los boers han machacado un millar de ingleses, y sus cuerpos yertos sirven de pasto á los cuervos en un barranco, somos muchos los que sentimos un escalofío de entusiasmo y felicidad, como si el patriota al matar no fuese brutal y cruel como el invasor.

Y bien, no; la simpatía que inspira hoy el boer por la valentía con que defiende su casa se atenúa y desaparece bajo el horrible peso de esa gran vergüenza humana que se llama guerra. Todos son hijos de Dios para el creyente; todos son hombres que dejan tras sí un lugar y seres que esperan su regreso; y al ver con la imaginación esos campos sembrados de cadáveres de blanco caído con los rubios bigotes hundidos en el barro sangriento, ó mirando al cielo con sus empañados ojos azules, pienso en los miserables barrios de Londres, en las rojas casitas de la campiña inglesa, donde mujeres huesudas y blancas, de pelo de cáñamo y ojos blancos lloran y aullan de dolor, como mañana pueden llorar nuestras madres y esposas... ¿Que mueren por defender una causa injusta?... ¿Y cómo demostrarlo? Hemos convenido todos en que el patriotismo es la más santa é indiscutible de las virtudes. El patriotismo consiste en reventar al vecino y robarle todo lo que se pueda en beneficio del propio país, y allá van esos infelices, los héroes del montón (como los nuestros iban á Cuba) á matar á quien no conocen cantando: «Dios salve á la reina», ó á morir como unos perros creyendo que hacen una gran cosa.

Desahonremos la guerra por cruel y por inútil.

En la llanura de Waterloo un gran león de piedra recuerda el final de la epopeya napoleónica; la trágica caída del emperador y la buena fortuna de Wellington. Sobre aquella tierra mezclada de huesos que cubre la más horrible laceración, la naturaleza florece y sonríe como en todas partes. Hace cincuenta años Víctor Hugo vió que la boca de piedra del león servía de nido á una pareja de gorriones. Hace dos años Madame Severine encontró todavía el nido al visitar el bello monumento.

¿Qué ha ganado el mundo con los titánicos esfuerzos de la Europa coaligada contra Napoleón? ¿Qué queda en pie de los veinte años de locura bonapartista, con sus paseos armados por todo el continente, sembrando los campos de huesos franceses?

Recuerdos vagos; frases sonoras que aun hoy son motivo de alarma para Francia; palabras y palabras; una leyenda que el poeta Rostand hace declamar en sonoros versos á la Sarah Bernard y que embriaga de entusiasmo á la machedumbre patriótica.

Humo, vagnedades... nada. Bajo tierra capos y capas de huesos de los que murieron por la inmortalidad de cosas hace tiempo muertas.

A la luz del día, lo único que queda son los gorriones de Waterloo.

La naturaleza dulce, maternal y creadora se burla de la inútil ferocidad de los hombres. Su risa es el parloteo de los traviesos pájaros que hacen su nido en la garganta del león y procrean y... defecan en la boca del imponente símbolo de la guerra.

BLASCO IBÁÑEZ

El Siglo Futuro es, como toda la prensa sabe, un periódico indecente y soplón, que á diario excita á los fiscales contra la prensa liberal.

Y él, faltando á respetos que por morisco estaba obligadísimo á guardar,

dice á menudo que las funciones que se representan en el teatro de la Comedia son inmorales, para proporcionarse la satisfacción de añadir, que la familia real asiste á ellas. En el número correspondiente al 15 del actual puede leerse la última pullita en tal sentido.

Celebraré muchísimo que lo denuncien y enchiqueren al Nocedal del bigote embarnado con toda clase de tintes negros.

Que amor con amor se paga.

## MÁS CAUTELA

No sé por qué causa el cura de Villalba de Alcor quedó hace pocas noches en casa de una feligresa, por cierto muy guapa.

Advertido no sé qué beato de esos que causan más daño á los curas que todos los impíos, hizo correr la voz, y al salir el buen párroco de la casa á la mañana siguiente, encontróse con un ejército de curiosos que le soltaron varias pullitas en tono poco diplomático.

Contrariado el pobre cura, salió con solana y bonete en dirección á Sevilla, donde presentó la dimisión del curato, y en Sevilla continúa, sin importársele un grano de incienso de que sus antiguos feligreses se hallen en peligro de condenarse, por no haber ministro del Señor que les señale con su consejo y su ejemplo el camino de la virtud.

Y ha hecho bien ese cura. En último caso, ¿qué le importa á nadie que entre ni salga donde le acomode?

Si ahora dijera él de cada feligresa lo que supiera, acaso resultaría que muy pocas tendrían derecho á tirarle la primera piedra.

Lo único reprochable en un suceso tan usual y corriente, es que el cura no tomase las precauciones debidas para no ser visto ni al entrar ni al salir.

Esto, suponiendo que fuese á algo pecaminoso; que también pudiera ocurrir todo lo contrario. Las apariencias engañan, y muchas veces resulta que no hay ni estas cosas donde se supone que hay tocino.

Por algo digo el evangelista: «No juzguéis á los demás, si queréis no ser juzgados».

Cuando el arzobispo de Santiago fué hace días á dar la comunión á los enfermos del hospital civil, dos concejales republicanos llevaban, el uno un cordón del guión, el otro una vela.

El de la vela alumbraba el entierro de su dignidad política, y el del cordón quería dar á entender que merecía un ramal, por republicano... de resaca.

Pero, ¿Lucifer mío, qué santos me van saliendo todos los correligionarios inútiles! «La incapacidad tomó iglesia», podríamos muy bien decir en estos tiempos.

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.— 15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándose únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## Enseñanza jesuítica

En la fórmula de Constituciones aprobada por San Ignacio de Loyola, decía éste:

«Queremos que todos los nuestros hagan voto de pobreza perpetua, declarándoles que no pueden adquirir, ni en particular ni en común, ningún derecho á bienes raíces, rentas, ni réditos, sean los que fueren.»

Pero ya Palafox se quejaba de la insaciable avaricia de los jesuitas en América. La Compañía fué reprendida muchas veces por excesos de este género, y siempre resultó incorregible.

Hoy en España, el negocio de los colegios jesuíticos ha llegado á ser escandaloso. Ejemplo, los colegios de la provincia de Barcelona. En Sarriá, todos los alumnos son pensionistas, que pagan 100 pesetas de hecho, y al parecer 75 al mes, y consumen 41, dejando de utilidad 59, y en los nueve meses que dura el curso 531; los pensionistas son 170, luego dejan de utilidad al año 90.270 pesetas, sin contar la venta de libros, los regalos y las socualas enormes en todo colegio de jesuitas.

En el de Barcelona (calle de Caspe) hay 260 alumnos, que dejan cada uno 320 pesetas de beneficio ajustando muy corto (hay medio pensionistas) y entre 26.000 al mes, y en el curso 234.000; y hacemos omisión de las lecciones extraordinarias. ¿Es negocio? Pues aún tienen en Barcelona los jesuitas el 22 por 100 de los alumnos matriculados en el Instituto por enseñanza privada que les dan ellos á precios bastante alzados.

Si estas cifras se obtienen de sólo dos colegios, calcúlese el rendimiento de todos los que tienen en España: Olamartin, Densot, Gijón, Valencia, Zaragoza, etc., y véase si este negociazo, unido al de la Transatlántica, los traviés, los ferrocarriles, las tahonas económicas, la electricidad y tantos otros, son cosa conforme con la fórmula prescrita por San Ignacio.

Y por cierto que en ella se comprometió la Compañía con la Santa Sede y con los pueblos católicos, á no utilizar en su beneficio los productos de los colegios sino para subvenir á las necesidades de los estudiantes,

en virtud de cuyo compromiso permite la Iglesia que los jesuitas tengan colegios.

Iglesia y Estado podrían acusar de esta fe á los Padres, y en España aplicarles el artículo 548 número 5 del Código penal. No lo olviden los maestros y maestras que, conociendo aunque tarde la gravedad del perjuicio que el jesuitismo les irroga sitiándolos por hambre, piensan ahora asociarse para la defensa.

Esta especulación inuolante de la enseñanza jesuítica siempre causó, y aún más ahora, está produciendo incalculables daños á la sociedad y á la patria.

Conviene para demostrarlo recordar la irrebatible historia de la escandalosa persecución que los jesuitas movieron contra San José de Calasanz, el fundador de las Escuelas Pías, persecución que han querido negar los ignominiosos desde los *Estados* con el descaro mayor del mundo, como si la habilidad jesuítica pudiera jamás lograr destruir los hechos comprobados. El P. Silvestre Pietrasanta, uno de los Venerables que tenía en proyecto la Compañía y cuya venerabilidad ha destruido con su libro *Respuesta á la Brochure intitulée Le Père Pietrasanta* el respetable canónigo Tuison David: ese pretendido venerable hizo deponer el Generalato á San José de Calasanz, y trabajó con el mayor ahínco por lograr la supresión de las Escuelas Pías, empeñándose una batalla que ha traspasado los siglos, sin que la caridad cristiana, ni el tiempo, ni los escarmentados hayan podido mitigar el odio que el jesuitismo profesa á quienes considera adversarios suyos. (Todo por la competencia que les hacen en la enseñanza de la juventud, misión especial y casi exclusiva á la cual se dedicaron los Escolapios).

Menos conocido, por ser más nuevo, es el odio con que la Compañía ataca á los Agustinos calzados, por esta misma razón, odio que ha estallado en todo su furor varias veces, por más que actualmente el jesuitismo se reprime en el silencio, acechando una ocasión propicia para despedazar á la Orden rival, y hundir, si halla medios para ello, al P. Migneux en el último abismo, para tomar venganza del libro *Jansenismo y Regalismo* con que el famoso agustino paró los pies á los sabios malicientes del otro bando. Hay preciosísimos documentos de este odio espantoso. A propósito de ciertos documentos comprometedores para otra Orden religiosa, decía uno de los jesuitas más conspícuos: «¿Lástima que no sirvan contra los agustinos?»

El jesuitismo ha causado otro daño inmenso, matando los colegios particulares, y sepultando en la miseria á centenares de profesores que vivían de la Enseñanza. Porque es de saber que, además de sus colegios oficiales, tiene la Compañía otros que aparecen ser de particulares, derramados por todas las ciudades.

La guerra que han hecho á los colegios particulares, ha sido de lo más villano. Al uno lo han perseguido con la calumnia y el descrédito, haciendo recaer sospechas sobre la ortodoxia de sus profesores; á otros los han molestado seduciendo á los dueños de las casas donde se hallaban instalados, valiéndose de la mujer penitente ó de la viuda usufructuaria para hacerlos desistir; otras veces han comprado ó hecho comprar la casa, ocultando siempre la mano, eso sí; pero no tanto que no hayan aparecido los jesuitas ante la conciencia pública como autores de tales iniquidades.

A la religión hála causado el jesuitismo otro mal gravísimo. Viendo que sus colegios, tanto de niños como de niñas, resultaban tan reproductivos, han despertado la afición de las órdenes religiosas y de cien fundadores y fundadoras, que han llenado las ciudades de colegios, academias y liceos, cuyos maestros y maestras suelen ser gente inexperta, muchachos y muchachas vestidos de religiosos, con cuatro rudimentos de educación y cuatro pinceladas de erudición á la violeta, habilitados á empujones para desempeñar el sacerdocio de la enseñanza.

La clase profesora oficial se escandaliza é indigna; el pueblo no puede menos de extrañarse que cuantos más colegios cristianos hay, más zoquetes y más inmorales van saliendo los jóvenes, y así se consuma la ruina de España y de la sociedad en general.

La altura de instrucción de algunos de tales maestros, puede calcularse por esta escena que explicaba como presenciada por él mismo, un padre jesuita, en un colegio de hermanas extranjeras. Presentáronle las maestras, diciendo: la profesora de alemán, la profesora de francés, la profesora de inglés...

—¿Dónde está la profesora de español?— preguntó el visitante.

—Mí;— respondió adelantándose una hermanita rubia como un sol.

Dentro de muy pocos años la Iglesia tocará los resultados de los grandísimos abusos que tolera ó consiente.

EL URBION

## La cura de almas y la de cuerpos

Concedamos que esas dos funciones sociales sean importantísimas.

Concedamos también que si el médico es el indispensable sacerdote para el enfermo de los pueblos cultos, tal vez lo sea el cura para los dolidos del espíritu; pero examinemos algunas de sus deficiencias.

La medicina sirve para todos. La misma ciencia, idénticos remedios necesitan el indio y el europeo, el moro y el cristiano, el criminal y el virtuoso, atacados de igual padecimiento. Los únicos que pueden abstenerse del médico son los sanos, por cuya razón éstos no pagan ni están obligados á sufragar

el sacerdocio de la salud corporal, cuyos servicios abona el necesitado de ellos.

Las enfermedades morales son muy distintas. El abatimiento, los dolores del pecador (enfermo) por faltar á las leyes de Cristo, difieren de los que aquejan al que vilipendia las de Mahoma, Budha ó Moisés.

Los preceptos teológicos (medicina espiritual) varían indefinidamente de aplicación y utilidad, según las costumbres, moral, etcétera, de cada país, morada é individuo, dado el concepto distinto que tienen de la divinidad, por causa de preocupar al globo 1.500 religiones, además de existir dentro de éstas pecadores (enfermos) y honestos (sanos).

No cabe duda, por tanto, respecto al derecho que asiste á los honrados de no sufragar los gastos del criminal; y si éste necesita auxilios espirituales, que los pague y solicite á quien tenga por conveniente.

Tan lógico es que un enfermo cristiano se valga de médico hebreo ó árabe, instruido en su ciencia, como impropio y hasta infuero para un católico confesara con un rabino ó un derwicche, esperando de ellos la absolución.

Pero aun así, y pese á la universalidad que implica el arte de curar, á ningún país ni á ningún Gobierno le ha ocurrido el disparate de obligar á los sanos que paguen las visitas y medicamentos requeridos por los enfermos.

En cambio, y por aberración inconcebible, los médicos del alma (vulgo curas), cuyo provecho es tan dudoso, consiguieron el privilegio de llamar pecador á todo el mundo, salvo ellos; y bajo ese falso supuesto y el de la necesidad de curarnos dolores que no padecemos, cobran escandalosos honorarios y ejercen el imperio más despótico.

¿Por qué serán tan imbéciles los pueblos, que aguantan el absurdo de una religión oficial?

Comprenderse la superioridad de la ciencia; pero... ¿de la teología?

Eso sólo cabe en las tribus salvajes, ó en la España descolonizada y silenciosa, gracias á los clérigos.

En resumen: los médicos viven procurando salud, y de ello pende su fortuna y honores, sin que corta excepción de galenos hipocritas ó fanáticos destruyan la regla.

Por el contrario, los curas inventan las enfermedades del alma, agrandándolas y extendiéndolas para consolidar su poder. (Purgatorio; sufragios, etc.)

Las epidemias supersticiosas causaron y siguen produciendo más desastres que todos los cóleras y pestes reunidos.

El clero es: Montjuich en acción, la calumnia, el odio, el tormento, la guerra, el tigre con piel de oveja, la palabra buena y la obra mala... el mayor enemigo de la civilización y de la sociedad.

PARIS

El obispo de Orihuela ha echado por tierra los prodigios de Francisca, la milagreira de Algaída (Murcia).

Si existe por las cercanías un buen manantial, acaso haya causado un gran perjuicio á la comarca. ¿Qué otro origen que las visiones de la Bernardetta ha dado fama y dinero á Lourdes?

Pero se conoce que el obispo de Orihuela ha preferido ser persona seria y decente, á halagar pasiones del vulgo para sacar cuartos.

Hago una raya blanca por haber encontrado ese mirlo blanco, y le envío mi respetuosa y sincera felicitación por este acto.

## EL VINO Y EL DELITO

Dice un proverbio: «En todo delito misterioso busca la mujer.» El proverbio no es completo, ni siquiera exacto, si no se añade: «O la botella.»

Una prueba de la gran relación entre el alcohol y el delito, nos la ofrecen los estadistas al mostrarnos el incremento continuo de los delitos en los países cultos; incremento que la mayor instrucción y el aumento de la población no pueden explicar más que en una cuota del 13 al 16 por 100, y que, en cambio, explica muy bien el aumento extraordinario del uso de los alcoholes, que va en proporciones análogas á las del delito.

En las cárceles rumanas el 23 por 100 y en las bávaras el 31 de los detenidos, tienen parientes bebedores. En las casas penales de Boston, las siete décimas partes de los condenados eran intemperantes, y hasta las nueve décimas, si seguimos la opinión de Albany.

En Bélgica se calculaba que el alcoholismo provocaba el delito en la relación del 25 al 27 por 100.

En Nueva York, de 49.423 acusados, 39.509 eran borrachos habituales.

En Holanda se atribuye al vino los cuatro quintos de las causas de los crímenes, siete octavos de las riñas y de las faltas, tres cuartos de los atentados contra las personas y un cuarto de los atentados contra la propiedad.

Dixón halló solo un país en América donde hacía años no se conocían crímenes, San Johnsbury, á pesar de su población grandísima de obreros; pero este país había adoptado por ley la prohibición absoluta de las sustancias fermentadas, cerveza y vino, que ahora suministra, como los venenos, el farmacéutico bajo petición escrita del consumidor y con asentimiento del alcalde, quien coloca el nombre en una tabla pública.

Tres cuartas partes de los delitos en Suecia se atribuyen al alcoholismo, los asesinatos y otros delitos de sangre, al abuso directo del alcohol, y el robo y la estafa, á la herencia de ascendientes alcoholizados.

De 90.752 condenados en las Asises de Inglaterra, 50.000 habían llegado á ese punto por frecuentar la taberna.

En Francia, Guillemin calcula en 50 por 100 los reos por consecuencia del abuso del alcohol, y en Alemania, Baer, en 41 por 100.

Todo lo cual es natural, porque las sustancias que tienen el poder de excitar de un modo anormal el cerebro, impulsan más fácilmente al delito y al suicidio, como á la locura, con la cual á veces se confunden aquellos en inexplicable enlace,

porque primero irritan y después pervierten los centros nerviosos; así que cuando no ocurre la meningitis aguda ó la hipermia congestiva, etcétera, etc., se forman lentas degeneraciones adiposas, pigmentarias y atrofiadas de las células nerviosas con hipertrofias del tejido conectivo, que conducen irrevocablemente á la pérdida de las funciones ó á su perversión, todo casi independientemente de la naturaleza química de la sustancia ingerida. Stanley halló en África una especie de bandidos llamados Ruga-Ruga, únicos, indígenas que se abandonaban al uso de la canapa. En las tradiciones de Uganda el delito aparece en los hijos de Chinto desde que se introdujo el uso de una especie de cerveza.

Se ha notado también esta tendencia en los Medjídub y en los Aissaut, los cuales, no teniendo narcóticos, se procuran la embriaguez con un continuo movimiento lateral de la cabeza. «Son hombres, dice Barbrugger, peligrosos y con tendencias al robo.»

Los fumadores de opio son acometidos con frecuencia del furor homicida; bajo el uso del hashich, Moreau se sentía atraído al robo.

Peor es aún el vino y todavía peor el alcohol, que se puede llamar vino concentrado, en cuanto á la sustancia venenosa; peores aquellas bebidas de ajeno, de vermouth, etcétera, que además del alcohol casi puro, contienen drogas que irritan de otras maneras los centros nerviosos.

La embriaguez aguda, aislada, da lugar por sí sola al delito, porque arma el brazo y enciende las pasiones, y nubla el entendimiento y la conciencia, y desarma el pudor.

Gall cuenta de un tal Petri, que sólo con beber sentía nacer en su pecho tendencias homicidas; y Locatelli habla de un obrero de treinta años que bajo el furor del vino rompía cuanto cala en sus manos, y acuchillaba á los compañeros y á los parientes si trataban de impedirlo.

Alguna vez, dice Bréire de Boisson, la embriaguez produce una verdadera monomanía del robo. Un hombre horradísimo que no acostumbraba á beber, se ponía á robar cuanto le caía en las manos en el momento que se excedía un poco; pasado el acceso, se dolía de ello y restituía lo mal adquirido. La vergüenza de esto le condujo al suicidio.

Yo mismo conocí un oficial que, bajo la influencia de la embriaguez, trató dos veces de matar á personas por él desconocidas, incluso á un centinela. Hay algunos bebedores que son el terror de sus familias, porque bajo la influencia del vino, del mal vino, como lo llaman los franceses, no hablan más que de matar, degollar á las personas que poco antes les eran queridísimas, las cuales huyen aterrorizadas, y no sin razón. Aquello que en los demás es un pensamiento extravagante y fugaz, que desaparece en cuanto se inicia, se torna en éstos rápidamente en acción, inconsciente sin duda, pero no menos fatal.

Fué interrogado uno de éstos por qué había con la hoz matado á un pobre hombre cojo, á quien apenas conocía, y que no le había hecho mal alguno: «Porque, respondió, no me agradaba su modo de andar. Pensar de ébrio, pero obrar de malvado.»

Ciccione cuenta que vivió en las minas de Boratella (El obrero de las minas sulfúreas, Roma, 1879) á los pobres obreros entrar limpios y honrados, y después, gracias á las tabernas puestas por los patrones de las minas, convertidos en apóstoles del alcohol, cambiarse en menos de un año en feroces asesinos. Uno de ellos, por puro capricho, tuvo valor para castrar á un pobre necio que se llamaba Centésimo porque no pedía ni quería de limosna más de un céntimo. Otro abrió una arteria á una mujer, el pulmón á un joven y el vientre á otros dos, y los pies á un quinto, y no pudiendo hacer más daños después de haber dado de cuchilladas á las paredes, se hería él mismo. Otro sorprendió á un adversario que dormía, le enroscó una cuerda untada de petróleo, y le prendió fuego (obra citada, pág. 9). Otro, volviendo una noche á casa, vió á un pobre aldeano que llevaba del ramal á su asno; excitado por el vino llegó á decir: «¿y que hoy no he tenido riñas con mis prójimos, quiero desahogarme con este instrumento», y sacando el puñal hirió repetidas veces el vientre de la pobre bestia.

El alcohol, después de haber excitado y puesto en el camino del delito á sus desgraciadas víctimas con actos instantáneos ó automáticos, los retiene, los sujeta para siempre cuando los hace bebedores habituales, porque paraliza, narcotiza los sentimientos más nobles y transforma en moribunda hasta la estructura cerebral más sana, dando una demostración muy segura, experimental, del axioma de que el delito es efecto de una especial condición morbosa de nuestro organismo, condición que es en este caso aquella esclerosis que destruye el cerebro, la médula y los ganglios, como y al par que destruye el riñón y el hígado.

«Un carácter, dice Tardieu, se halla en casi todos los bebedores que han cometido un delito: la extraña apatía é indiferencia, la ninguna preocupación de su propio estado, que es en realidad común á los verdaderos delincuentes, pero que en ellos está todavía más desarrollada. Están en la prisión como en su propia casa, casi mejor; no se preocupan de su proceso, ni de lo que han hecho; apenas si despiertan un momento delante del juez. Un hombre de treinta años, bien educado, que había sido médico y farmacéutico, escribano y empleado, y fué de todas partes despedido por abuso de los liciores, halló en la calle dos guardias y los mató creyendo que querían arrestarle; encerrado en la cárcel, la única, la primera cosa que escribió á su madre, fué que le mandase la pomada: sólo después de muchos meses de abstinencia en la cárcel, comenzó á volver en sí y á comprender la gravedad de su situación.»

También nosotros hemos visto en la cárcel un singularísimo ladrón que se envenecía con los demás de serlo, y que no sabía hablar más que en la jerga de los ladrones, sus dignos maestros; sin embargo, ni la educación ni la forma del cráneo nos daban ningún indicio de la causa que le impulsó, hasta que lo comprendimos cuando dijo: «Yo fui desde joven aficionado al aguardiente, y ahora bebo 30 ó 40 copas; la embriaguez de esto me pasa bebiendo una botella de vino.» Su padre era gran bebedor.

Hace pocos meses, un honrado oficial de sesenta años, que tuvo hasta muy tarde de su edad una fama respetable, entregado en la vejez al alcohol, se hizo en poco tiempo tan malvado, que destruyó á un pobre mujer porque le reprendía y simuló que se había ahogado.

Pero la abstinencia de la cárcel hizo en breve en él resucitar la antigua honradez, y entonces le confesó todo, y á los jurados que le condenaban a quince años de reclusión, les dijo: «Es á muerte á lo que debería condenarme; á muerte.»

Otro ejemplo terrible de los efectos del alcohol, lo pone á nuestra vista el muy famoso Fossil. Nació de padre alcoholizado y tan derrochador, á pesar de ser pobreísimo, que en una comida gastó 134 liras, y después de haber casi comido á matarse á su pobre mujer, se ahogó él también. Su digno hijo, mientras se mostraba cruel con



sus parientes, que dejaba desfallecer de hambre, era benévolo, generoso con los compañeros de taberna. A los veinticuatro años murió a Gámbro, que le hospedaba de caridad, de once puñaladas; murió después dos días junto al cadáver, sin perjuicio de pasar la noche divirtiéndose con los amigos; consumió después en pocos días en Suiza cuanto había con tanta maldad usurpado, y cuando ya estaba muriéndose, trató de sustraerse a la justicia; y, después de arrestado, hablaba de su delito como de una chanza. Era el vino bebido por él y por su padre lo que modificaba tan profundamente sus psiquis. Otro tanto sucede a muchos delincuentes.

Mabille, por ejemplo, invitó un día a varios amigos a beber; no tenía con qué pagar, salió de la taberna, mató al primero que halló, y después volvió a saldar su cuenta.

No es extraño, por lo mismo, para nosotros, lo que hizo Antonio Calmano, «empleado», disparando sobre su propio hijo, de cuatro años, una pistola, y arrojándose después lerozmente sobre la hija mayor, que trataba de salvar a su hermano; después de lo cual, creyéndolos muertos, se hirió él mismo. Precisamente éste, con otro compañero, Valesina, de bueno y viejo empleado se había convertido en vicioso, por lo que fué despedido; y ni aun al quedar sin trabajo perdió su brutal costumbre; vendió un mueble y después otro para convertirlo en vino, y, por último, el lecho mismo en que dormían sus hijos, con cuyo producto compró el arma fatal.

El alcohol es además causa de delitos, porque el alcoholizado engendra hijos delincuentes; porque muchos delinquen para poder embriagarse y muchos otros pasan de la embriaguez al delito; porque con la embriaguez se procuran, cuando son cobardes, el valor necesario para sus nefandas empresas primero, y después el procedimiento para una futura justificación; porque las precoces embriagueces impulsan a los jóvenes al crimen; y, además de todo, porque la taberna es el punto donde se reúnen los delincuentes, el sitio donde no sólo se hereda, sino que se usufructúa el delito, constituyendo para muchos la habitación, la bolsa y hasta una banca demasiado fiel.

En Londres, en 1860, se contaban 4.938 tabernas, donde sólo entraban ladrones y prostitutas.

Finalmente, en algunos el alcohol tiene relación inversa con el crimen o mejor con la cárcel; después de sufrir la primera larga prisión, el desgraciado ha perdido toda delicadeza, todo punto de honor, y acude al alcohol para suplirlo y olvidarlo; por esto el alcoholismo se presenta tantas veces en los reincidentes, y por lo mismo se comprende que Mayhew se encontrara con que estaban borrachos todos los ladrones de Londres después del mediodía, que muriesen entre los treinta y los cuarenta años por alcoholismo, y que entre los deportados de la Noumea, que bebían no sólo por la vieja costumbre, sino para olvidar su deshonra, su alejamiento de la familia y de la patria, los tormentos de sus carceleros y de sus colegas, y hasta quizá sus remordimientos, el vino resultase una verdadera moneda, tanto, que una camisa valía un litro, un vestido dos litros, un pantalón dos litros y hasta el beso de la mujer se cotizaba por litros.

C. LOMBROSO

## VÍCTIMAS DEL CELIBATO

Bajo un montón de piedras cerca del cementerio viejo del caserío de Boixol (Lérida) fué encontrado el cadáver de una niña recién nacida, muerta violentamente y con el cuello y las manitas atados.

Por consecuencia de esto, están detenidos y a disposición del juzgado, el párroco José Rivas, de 60 años de edad, y su ama María Tomás, de 19, como presuntos culpables.

Por la niña y por los padres siento compasión profunda.

Contra quien me indigno, es contra los que mantienen el celibato, causa de tantos crímenes, origen de tantas y tan tremendas desventuras.

Si fuera posible llevar una estadística de las criaturas sacrificadas ante sus aras, nos asustaríamos de su número. Con seguridad asciende todos los años a algunos millares, en España solamente. ¡Y todo porque conviene a los fines de dominación de la Iglesia!

Parece mentira que la humanidad sea tan estúpida.

## LIOS DE ELLOS

Hace pocos días corrió por Carabanchel Bajo la noticia, inspirando chistosos comentarios, de que una señora había testado en favor del cura párroco de aquella iglesia, su confesor, y que la disposición testamentaria había sido otorgada ante el notario de Madrid, don Zacarías Alonso.

Alguien hizo comprender al cura que el testamento sería anulado, por lo que en el juzgado municipal la señora lo revocó, sustituyendo el heredero y nombrando por tal nada menos que al sacristán, subalterno del primero.

Y me pregunta la persona que me da la noticia:

«Le agradecería a usted que me manifestase si la ley permite que se sustituya a los herederos por una simple comparecencia ante el juzgado municipal del pueblo donde el testador, el heredero y el sustituto residen; y si la malicia, siempre predisuelta a creer lo malo, no podrá en este caso sospechar que la sustitución por el sacristán ha sido sólo para salvar las apariencias y que vayan a parar los bienes y las alhajas al cura. Por cierto que a las sobriñas de éste le deja también la señora muy buenas mandas, olvidándose por completo de los parientes que tiene en cuarto grado.»

No teniendo yo competencia para resolver ese punto, he consultado con un abogado de grande y merecida fama, Menéndez Pallares, y me dice:

«Que los juzgados municipales no intervienen en disposiciones testamentarias de ninguna clase.»

«Que viviendo la testadora, en testamento en favor del confesor no es nulo, pues el precepto legal a este punto pertinente, dice: «No producirán efecto las disposiciones testamentarias que haga el testador durante su última enfermedad en favor del sacerdote que en ella le hubiere confesado, de los parientes del mismo dentro del cuarto grado, o de su iglesia, cabildo o comunidad o instituto (artículo 752, Código civil). Es, pues, válido el testamento hecho en favor del confesor antes de la última enfermedad.»

«Respecto a la sustitución, sólo puede hacerse con la solemnidad necesaria para testar.»

Y después de haber hablado persona tan competente, sólo me resta el retirarme por el foro.

Entró Isabel Cantero de educanda en el Asilo de Huérfanos de Cartagena, llamado de San Miguel, quedando después de novicia; no quiso profesar y se escapó, negándose a decir la causa a sus parientes.

Un día, al poco tiempo, entró el maldito autojo de oír misa en la iglesia del Asilo; va, y allí mismo, en pleno templo, aparece la angelical sor Vicenta María, la increpa, la insulta y por último la maltrata.

Problema:

Si no hubiese ido al templo ¿la habrían zurrado?

## BUENOS CONSEJOS

Y dijo hace pocos días un periódico de Jerez.

«Con objeto de celebrar una misa en honor del beato Juan Grande, se reunirán hoy a las once de la mañana en la parroquia de San Dionisio las comunidades siguientes:

Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Carmelitas, Maristas de la Doctrina, y comisiones de frailes que han venido de Madrid, Sevilla, Granada, Ciempozuelos y otros puntos de España.»

¡Ay cuánto me alegro! Así aprenderán aquellos hombres que se reúnen por las mañanas en la plaza del Arenal, deseando que los alquilen para trabajar por tres gazpachos, que la carrera seguida por ellos no lleva más que al hambre, a la desesperación, a la miseria y a la fosa común. Porque Dios sólo protege a los perfectos, a los buenos, a los que rezan, a los que piden, a los que no trabajan, en suma.

Dejen, por lo tanto, el trabajo, y acudan a los conventos; que allí Dios se manifiesta a diario en forma de jamón, vaca, ternera, embuchado, salmón, buen vino, etc., etc., amén de trajes de abrigo en invierno y frascos en verano, cama cómoda, facilidades para viajar, para faltar a los pecados capitales, y para darse, en fin, la gran vida.

Creanme, y sigan mi hermoso consejo, a no ser que se lo impida la misma señora que a mí me impide hacerlo: la vergüenza.

## San Ignacio y las pesetas

Los jesuitas tienen derecho a embancar beatas y sacralos cuartos; tienen derecho a coleccionar congregantes de San Luis é inspirarles repugnancia invencible a la mujer; lo tienen a recoger herencias cuantiosas que se convierten en colegios y residencias santuosos; lo tienen indiscutible a fanatizar alcaldes menos y gentes de mediano chirumen; pero de ninguna manera se les puede tolerar que prediquen moral y buenas costumbres; hay que prohibirles, en nombre de los rudimentos de la honradez, que hablen de desinterés ó de pobreza cristiana, y, sobre todo, no puede tolerarse que nombren siquiera la palabra obediencia.

¡La obediencia! ¡No alardean ellos poco de practicarla! ¡No carecen poco el culto que la rinden! ¡No cantan con poco entusiasmo las excelencias de esa virtud!

Sin embargo, no hay nadie hoy en el mundo, entiéndase bien, absolutamente nadie que con tanto desdoro y tan por costumbre desobedezca como los jesuitas.

Tanto es así, que bien pudiera llamarlos todo el mundo los desobedientes, como al que vive de la música se le llama el músico y al que de la agricultura agricultor.

Si, porque los jesuitas viven hoy de la desobediencia, y la desobediencia es su vida, su renta, su influencia, los explotadores de sus cullos, las comodidades de sus casas, los prestigios de sus religiosos, todo, en fin, lo que son y lo que valen y lo que pueden esperar.

Y no se crea que hablamos de su ya tradicional desobediencia a las leyes de las naciones, desobediencia que encendió y mantuvo en España la guerra civil é hizo de Poyanne un depósito de armas, escapolarios y bolinas para los carlistas.

No nos referimos tampoco a su desobediencia al Papa y los obispos, que es uno de los caracteres distintivos de la Compañía; no, ahora hablamos de la desobediencia de los jesuitas actuales a las reglas que les impuso su padre y fundador San Ignacio de Loyola.

Desobediencia que vamos en seguida a demostrar de un modo irrefragable, y que hace que, según todas las leyes de la filosofía y aun de la gramática, podamos afirmar que la Compañía de Jesús no existe, que los jesuitas no existen, y que lo que se llama religión de hijos de San Ignacio no es más que una sociedad de socorros mutuos, compañía arrendataria de la imbecilidad española, ó Niños de Ecija con sotana.

Dice terminantemente el fundador de la Compañía en una de las reglas:

«Todos los de esta Compañía deben entender que han de dar gratis lo que gratis recibieron, no demandando ni aceptando estipendio alguno en recompensa de misas ó cualquier otro ministerio de las que ejercita la Compañía.»

Esta es la regla de los jesuitas, esta es su ley, esta su obligación, esto lo que han de practicar para ser tales hijos de San Ignacio, pues religiosos que no cumplen su regla dejan de ser religiosos para ser comediantes con diablos de timado-res.

¿Cumplen esta ley? ¿se atienen a esta regla? Esto no lo hemos de decir nosotros, esto lo dicen á coro todos los españoles seglares y eclesiásticos.

Los sacerdotes gritan: «Nos quedamos sin estipendio de misas porque se lo llevan los jesuitas;» los escolapios dicen: «no nos encarga nadie una misa con estipendio porque todas las que valen algo se las llevan los jesuitas;» los dominicos claman: «nuestro pobre clero no puede vivir allí donde hay jesuitas, porque éstos se llevan todos los estipendios y limosnas por predicar, misas y demás ministerios que ejercita la Compañía;» los seglares dicen: «estamos hartos de que los jesuitas lleven dinero por todo.»

Entre los pescadores es sabido que, cuando hay una ballena cerca de alguna costa, allí no queda una sardina, ni un salmoneo, ni pescado alguno. De la misma manera los pobres curas y frailes saben que donde cae una comunidad de jesuitas no queda una limosna, un donativo, un sermón con paga ó una misa de regular estipendio. Se lo traga todo la ballena, cuyo vientre es capaz de engullir todas las existencias que en billetes ó en metálico tengan los Bancos de todo el mundo.

Hay que confesar que San Ignacio, que tanto talento tenía, no llegó a presentir cuál había de ser el espíritu del siglo diecinueve, y las innovaciones que habrían de introducirse en la piedad, en la devoción y en la vida de las órdenes religiosas.

No adivinó que, andando los tiempos, había de ser la pobreza cristiana patrimonio exclusivo de republicanos impios y demagogos, quedando las riquezas, los grandes negocios, las empresas lucrativas, los comercios en grande, como patrimonio exclusivo de gentes piadosísimas, almas contemplativas, corazones encendidos del todo en el divino fuego del amor y religiosos observantísimos del voto de pobreza.

De aquí un conflicto por cuya solución ha tenido la Compañía que echar mano de todo su talento, su penetración, su diplomacia y aun de su continuo trato con Dios.

La regla prohibía explotar la piedad, percibir un céntimo como estipendio de sagrados ministerios; la estupidez española había convertido el ejercicio de los ministerios sacerdotales en mina que á las del Transvaal dejaba tamañitas.

¿Qué hacer? Obedecer á San Ignacio era la pobreza, la ruina, la humillación.

Pues no obedecirle; hacer caso omiso de su regla; convertirla en un papel mojado. Después de todo, ¿quién conoce la regla de la Compañía?

Y la desobediencia empezó á ser la vida y la riqueza de la Compañía.

Los jesuitas siguieron con el mayor desdoro del mundo hablando de obediencia y ponderando su mérito; los memos, cuyo número es infinito, escucharon con la boca abierta las predicciones de los mal llamados hijos de Ignacio, y las personas decentes vieron evidentemente que la Compañía de Jesús había pasado á ser la familia de Monipodio.

GIL BLAS DE SANTALLANA

## RAPIDA

El abismo en materia de religión está en sí fué Dios el que hizo al hombre, ó el hombre quien inventó á Dios.

La creencia en el primero exige fe; la de lo segundo, razón.

A la fe, tanto monta que la suma de tres unidades sean tres que una: su raíz está en el sentimiento ó fanatismo, no en los números. La razón, por el contrario, tiene su contrafuerte en las ciencias exactas.

Entre la razón y la fe existe el terrible foso eternamente abierto por la imbecilidad humana, donde cae hoy con estrépito toda autoridad falible en cuestión de fe, por ser nula de derecho, abriendo paso también para que brille en todo su esplendor el único Dios en la tierra: La Justicia.

MANUEL GUTIÉRREZ PARADA

Jerez.

Una tal doña Julia ha fundado en Avila una sociedad de catequesis con intervención de neos, onras, frailes y demás gente ordinaria, ofreciendo ropa y golosinas á los que vayan á comulgar.

Pero como ofrecer no es dar, los que acuden al reclamo ponen después el grito en el cielo al saber que en la sacristía ocellébranse pistonudos banquetes con el dinero que debería emplearse en cumplirlos lo ofrecido.

¿Qué gangueños son los pobres! ¡Pues no quieren que les adecten el alma con la comunión y el cuerpo con la ropa, amén de llenarles la barriga!

El alma es lo primero, lo único, mejor dicho, á que tienen que atender. El cuidar-se del cuerpo es misión exclusiva de los que se interesan por su alma.

Así, al hoyo cuanto antes, imbéciles; hambrientos, pero bien comulgados.

## MERCANTILISMO MEDICO

Merecen ser conocidas las declaraciones en un médico sincero ha publicado en un periódico de Barcelona:

«Han llegado á nuestro poder unos apuntes de un galeno, acerca de distintas cuestiones que se relacionan con la dignidad y honradez médicas.

Duélese el galeno de referencia de que la clase á que pertenece descienda al terreno del mercantilismo, no teniendo reparo en apelar á los medios más reprobables. Tergiversarse diagnósticos, simular afecciones y se pone en juego un conjunto de marrullerías á que el autor de los apuntes que extractamos da el nombre de *diplomacia médica*.

La humanidad doliente —dice— se explota de una manera ignominiosa.

Los ejemplos—continúa—abundan; á diario ocurren nuevos casos. Enfermo conozco atacado de diabetes sacarina que durante año y medio, previos exámenes de la orina, ha asistido á la visita particular del médico, sin que éste se haya cuidado nunca de plantearle un tratamiento causal; sólo paliativos ha empleado, algunos purgantes, un alcalino y nada más.

Y, desde el momento que hace el diagnóstico verdad de la dolencia, puede creerse que no sepa combatirla? Lo que hay es que en el interés particular del médico estaba el no plantear un tratamiento curativo.

Afecciones gástricas ligeras se han convertido en infecciones serias, provocadas, no por ignorancia del médico, sino por la cuenta que le ha tenido.

He conocido—prosigue diciendo nuestro galeno—enfermos á los que se les ha aconsejado operaciones quirúrgicas cuyo resultado sólo ha podido apreciarse... en el bolsillo del operador.

Conozco errores completos de diagnóstico, en los que se ha incurrido á sabiendas para justificar una operación. He visto tumores malignos, en diferentes órganos, tratados por los más simples procedimientos, siendo así que reclamaban serias operaciones; pero, verán ustedes: el médico que tenía á su cargo el enfermo no era operador y... habría perdido un buen cliente. Pero, ¿qué proseguir? He visto abusos y más abusos que la pluma se resiste á consignar, y siempre he echado de menos la conciencia, la buena fe y otras muchas cosas del médico.»

En resumidas cuentas que, según el galeno fustigador de los colegas, la dignidad y la honradez médicas dejan hoy por hoy, con raras excepciones, mucho que desear, lo mismo en las pequeñas que en las grandes poblaciones y en las ciudades, donde lo más frecuente es que el decoro profesional sea sustituido por el charlatanismo, la ostentación, el engaño y el mercantilismo.

Algunos cándidos han extrañado mucho que en la última Asamblea de la Concentración democrática, se hablara de todo, menos de erigirle á Castelar aquel monumento para el cual se abrió una suscripción nacional.

Conste que yo no soy de esos cándidos.

## El arte de enfermar

El doctor G. Legué cuenta, en *Le Journal*, de París, los medios de que se valen los penados de Guyana y Nueva Caladonia para escapar, fingiéndose enfermos, al trabajo forzado de su condena.

De tales medios se valen y tan sorprendentes resultados logran, que no hay sagacidad de médico que los descubra; y á no ser por declaraciones que algunos han hecho á última hora, no se hubieran advertido las mixtificaciones, ni podido comprobar sus efectos.

Me aquí algunos de esos «secretos de presidio», tal como los cuenta el doctor Legué.

Una de las enfermedades que más cultivan los penados es la ictericia. Para simularla ó provocarla tienen dos procedimientos. Consiste el primero en poner tabaco en maceración en aceite de coco durante cinco ó seis horas. Se saca luego el tabaco del aceite, y se le seca al sol. Después de seco se hace cigarrillos, poniendo en cada uno una cabeza de fósforo pulverizada. Y antes de haber fumado una docena de estos pitillos, aparece el paciente del color de la ictericia, que se extiende rápidamente por toda su piel. Al día siguiente el médico puede comprobar la existencia del embarazo gástrico, vómitos y fiebre característicos de la ictericia, y que le obligan á firmar el «pase» al Hospital.

El otro procedimiento es también muy sencillo. El aspirante á enfermo se coloca en las axilas sendos paquetes de algodón impregnados de vinagre y espolvoreados con azafrán. Envuélvese luego en varias mantas, rompe á sudar, y á las dos horas de esta operación nota en el pecho un calor que va extendiéndose poco á poco á todo el cuerpo; es la señal del color icterico, que en poco tiempo aparece hasta en las conjuntivas. El uso diario de este algodón prolonga la pseudo ictericia cuanto sea preciso.

La hinchazón de las mejillas es otro de los *trucos de penitencia*. El penado se provee de un alfiler y se hace una desgarradura en la mucosa bucal. Un compañero complaciente introduce por ella una paja y sopla hasta conseguir el resultado que se persigue.

La conjuntivitis la «obtienen» por un procedimiento más brutal, espolvoreándose el suro oculo palpebral inferior con ceniza de tabaco. También la logran con agua de jabón, pero esto se descubre fácilmente. El agua de jabón es más eficaz para «mentir» la disentería.

Estas son las que pudiéramos dominar «recetas clásicas.» Pero hay muchas más.

Un penado que en sus buenos tiempos había sido estudiante de Medicina, puso cátedra de hinchazón del estómago. Tragando tiza pulverizada y bebiendo después un vaso de vinagre, se produce en los intestinos un desarrollo tan grande de ácido carbónico, que la distensión simula maravillosamente la dilatación clásica de este órgano.

El arte de «construir» llagas de horrible aspecto, es una especialidad en aquellos presidios. Según el doctor Pierre, se valen para ello levantando un pliegue de la epidermis y atravesándolo con una hebra de

lana impregnada con tartrato dental. En muy poco tiempo sobreviene la destrucción de los tejidos y aparece la llaga con sus más repugnantes caracteres.

Es preciso oír las afirmaciones de testigos oculares para creer en estas salvajadas. La salud, por todos ansiosa, como un bien incomparable, es para aquellas gentes demoralizadas una carga pesada. El médico cuyo auxilio benéfico se reclama en todas partes, es en los presidios un enemigo, tanto más cruel y temido, cuanto mejor cura á los enfermos.

Escriben de Villarramiel que da gusto no vivir allí: placas por arriba y por abajo, en aquel y en casi todos los pueblos de la diócesis; cofradías fundadas por jesuitas misioneros; los ayuntamientos en masa arrastrándose á los pies de los ignacianos y colocando las plaquitas en las casas consistoriales...

Pues que no se envanezcan de eso, porque en casi todas las poblaciones de España ocurre lo propio.

No hay peste más contagiosa que la de la falta de dignidad, y hace años que España está infestada de ella.

## BABILONIA

San Juan el Teólogo, en su *Revelación*, describe poéticamente el hundimiento de la ciudad-ramera, Babilonia, madre de las abominaciones de la tierra, cabalgando en una bestia de color de grana, llena de nombres de blasfemia, que tiene veinte cabezas y diez cuernos. Plátala como á una mujer vestida de púrpura, dorada con oro, adornada de piedras preciosas y de perlas, llevando en la mano un cáliz de oro lleno de inmundicia. La imagen de la concupiscencia no puede estar mejor descrita que en la obra del gran visionario.

Esos divinos iluminados asombran y desconciertan con sus figuraciones colosales. En efecto, hay en ellos un espíritu de adivinación y una penetración que asustan. Los rudimentos de la ciencia-madre, (aquella que no pudo conocer la especialidad ni el dato, la orientación ni el ejemplo), les bastan para sus admirables concepciones. Es difícil hallar un conocimiento de los males del egoísmo más exacto, ni un deslinde de términos mejor hecho de una confusión que se padece hasta hoy en día. Leyendo á esos ideólogos se concibe la verdad en la ficción, se entrevé la realidad en el ensueño. (Qué dibujo de la urba condeada! Los lamentos de los mercaderes por ella enriquecidos, llorando su destrucción, poniéndose á los lejos por temor de su tormento; y asimismo *todo gobernador y toda Compañía que conversa en las naas apartándose por temor al incendio de la ciudad maldita*, con cuya magnificencia se agudalaran, el angel exterminador asegurando que *voz de tañedores de arpas, y de músicos y tañedores de flautas y de trompetas*, no será más oída en aquel recinto; ni ruido de vihuela tampoco ni acentos de esposos y de esposas; ni hallado en él artificio de cualquier oficio que fuere, ni luz de candela que alumbrase, porque sus mercaderes eran los magnates de la tierra, y con hechicerías fueron las naciones engañadas... Todo esto es de una fuerza de intuición y de expresión incomparable.

Son muchos los que se soñan ante ciertas acrópolis de la generosidad, y abundan los que tachan de idealismos todas cuantas realidades no se traducen en numerario. Yo veo el arte y la belleza, lo quitaesenciado de la vida, lo único puro é insustituible de la existencia, sin lo cual los mayores dones equivaldrían á pesadas cargas y no á satisfacciones, huir de todo centro especulador como de un paraje infecto. No de otro modo en el anatema se consignara que en la ciudad maldita no se oiría la voz de tañedores de arpas y de flautas y trompetas, porque cuando en el hínico festejo sólo la masticación es lo culminante, cualquiera noción de algo más que el grosero mercantilismo se mira como delincuencia, y el menor desprecio por los bienes materiales es escarceado como manifiesta estupidez. Donde lo pedestre es un fin y no una contingencia, duda lo primordial es la posesión y no el sentimiento, donde se condena casi la filantropía y se precocita el sistema de grandeza única por la cantidad, no caben, no, los enamorados de lo bello, *voz de esposos ni de esposas*, delicias del espíritu, ni otro son que el de las monedas, ni otro movimiento que el tráfilo, ni otra aspiración que el engano mutuo, ni otra finalidad que el acaparamiento. El oro y la plata, el lino y la púrpura, la seda y la grana, la madera y el marfil, el hierro y el mármol, la canela y el incienso, el trigo y el aceite, las orejas y los caballos, han de ser superiores al alma; la mercadería está por cima del espíritu; los frutos del árbol, preferidos á los de la imaginación y el entendimiento; los productos manuales, más estimados que los del corazón. ¿Todo eso es potestad? ¿Todo eso es grandeza?

Predicar la excelencia absoluta del artefacto, y la irrisión de la sientencia de cultura, es un error funesto ó una mala fe punible. Ensalzar el engrandecimiento de los pueblos por la sola virtualidad de su potencia productiva, es incurir en una equivocación con trazas de delito de lesa humanidad. Todo ensanche es indubitablemente un progreso material, no moral. Figúrenoslo al individuo atendiendo á su robustez sin perostarse de ser *ser anímico*. Por otro lado, el que podríamos considerar como vigor físico, no es patrimonio de los grandes emporios. Hay ejemplos de países muy prósperos, dominadores por el poder y la riqueza, hundidos para siempre jamás. Así Cartago, así la Roma de los Césares. Grecia, abatida, es grande é inmortal ante la Historia. Lo consistente al auge material es el orgullo, los placeres, el deleite; y acaso, acaso, como contraria, la enervación.

La idea del lucro como exclusiva finalidad empuja hacia las grandes detenciones. Ella significa el engaño de hombre á hombre, de clase á clase, de nación á nación. Las mayores iniquidades germinan mediante esa cópula nefasta del egoísmo con la vanidad. Tener mucho, como *desideratum*, es sencillamente inícuo. Ello hace posible el abuso y el fraude, la inhumanidad y la injusticia. Son estos los vástagos de aquel ayuntamiento bochornoso. Así prevalece el juez, y defrauda el empleado, y negocia el sacerdote, y abusa el magnate, y regatea el feudatario; así todo sentimiento se confunde, el de Patria, el de justicia, el de probidad, el de rectitud, ante la palabra *gato* o el lema *negocio*. Generalmente, caminando por esos rielos, más que á un progreso se hace vía á una



corrupción. Un edificio de hermosa u ostentosa fachada, no siempre supone una interior comodidad e higiene. Los que se entusiasman con el tráfico y las galas que del incensante rumor del tráfico pueden producirse, olvidan que las miserias morales trascienden como asafétida a través del ropaje, y que no es lo mismo poder decir: soy poderoso, que poder exclamar: soy sano. Así como el título académico por sí sólo no acredita la suficiencia, ni el desempeño de una cátedra significa en absoluto posesión de superioridad, la grandeza material no patentiza el legítimo predominio.

Un pueblo no es superior nunca a otro pueblo por su extensión o su Tesoro. Hay algo más, que aparentan desconocer algunos, sin lo cual no se completa el auge ni se llega al pináculo. Por grandes virtudes se puede ser respetado, por grandes fuerzas, se podrá ser temido, todo lo más. No confesarlo, es no ser sincero. Y la pretensión de predominio por la suma, o es una farsa o constituye una endiablada quimera. En amigable consorcio, pueden ayudarse, hasta donde cabe, el cálculo y el sentimiento; establecido su divorcio, por mal entendido orgullo de aquel, no habrá estabilidad posible ni eficacia en sus relaciones. Esto es todo.

¡Oh, Babilonia, emporio de egoísmos y pretensiones si de oropeles; centro de máculas y soberbias, de engrimeos y desdenes; país maravilloso de los grandes sofismas tenidos por aciertos, que no te importaría claudicar de tus principios de honestidad y rectitud con tal de vivir en el fausto, y envanecerte y considerarte, así, al nivel de la grandeza suma; ¿por qué estimas en tanto el pináculo que forman tus aptitudes cedidas a la ambición desenfrenada? ¿Por qué creíste en las voces del falso profeta que te regalaba los olivos, mejor que en aquel como ruido de muchas aguas, de que habla el teólogo, la canción nueva cantada por los tañedores de arpas en el monte de Sión, sólo aprendida por quienes en el prestaron a adorar a la bestia?... Atendiste al provecho y te reiste de la sincera admonición... Así provino tu ruina, que no esperabas. ¡Qué te valiera ser un tiempo señora del mundo, para acabar en despojo!... Tal ocurrirá a la corte sana. Dejaste enriquecer a tus mercaderes, y ríos de oro corrieron en tus lindes... Eras incentivo y tentación, magnificencia y desbarro. No tuviste en cuenta lo embrutecedor de ciertas tendencias, al pararse mentes en lo corruptor del exagerado materialismo, y creíste en tus definitivas victorias. Entregada al tráfico y al placer, no admitías otros horizontes. Pretendiste afirmar la supremacía del caudal sobre todas las cosas, y tu embriaguez concitó las iras divinas. Tu potestad cifrábase en tu riqueza; poco o nada para el espíritu, y mucho o todo para la materia... ¡Bien te concibió y dibujó el visionario, bien apuntó para siempre y como ejemplo tu caída!...

SEBASTIÁN GOMILA

Tengo el altísimo honor de poner en conocimiento de mis piadosos lectores, que en la noche del 12 del actual se produjo un incendio en la catedral de Calahorra, quemándose en gran parte, quedando el altar mayor destruido y perdiéndose alhajas de gran valor.

Y la redacción de El Morin...

## ¿CÓMO CAMBIAN LOS TIEMPOS!

CARTA A GIL BLAS DE SANTALLANA

Pues sí, mi querido *expater*: Quedamos en que el comercio ha penetrado en los templos de Dios por la puerta que entran los obispos y los largueños estandartes rojos como la grana o pálidos como mejilla de adolescente, sin que las protestas de ese pueblo, que sufre, calla, y... pertenece a la clase neutra, hayan herido susceptiblemente los oídos de toda esa taifa de mantos, tejás, sayales, solideos y babuchas, con o sin hebilla.

Debese convenir en que el comercio místico-religioso de hoy es más práctico, más real, por decirlo así, que el de ayer, aunque un tanto vulgar y hasta sucio. Por ejemplo, se explotaba el poder de San Aventino, como ponedor de cabezas descompuestas y hasta machacadas; el de Santa Polonia y San Rigoberto ahuyentadores de dolores de muelas sin necesidad de creosota y esencia de clavo; el de Santa Petronila curaba las tercianas sin quinina ni otros medicamentos amargos; el de San Martino que acababa con la locura, y tantos otros médicos, albeitaros, etc., etc., puestos al servicio de la prole sotaneca, y hoy, como

«pasáronse las mieses del verano, el otoño pasó con sus racimos, pasó el invierno con sus nieves cano» y todo lo que Rioja quisiera que pasase, milagros, brujas y cosas sobrenaturales inclusive, abandonando aquella industria, se explota el *guano del Sagrado Corazón* (¡¡¡¡¡!!!), el licor carmelitano, el benedictino, y muchas cosas más que sería prolijo enumerar.

El movimiento desevolvente de la industria española lo trae en sí; la prosa comercial ha hundido en el combate las filigranas de un bucolismo trasnochado, y el idealismo, con todos sus juegos de imaginación, descansa en nauseabundo sarcófago cuya losa es lo positivo.

Así vemos a ciertos jesuitas explotando el filón de los corazones, haciendo pagar religiosamente algunos perros chicos por mamarrachos artísticos que sublevan el ánimo de cuantos tienen formada una vaga idea del arte; a frailes del desierto elaborando, Dios sabe cómo, un líquido pastoso y dulce que tiene la propiedad de no emborrachar; a monjas de Villareal dedicándose a la santa faena de conservar frutas en *latas que dan...* a cambio de unos cuantos ochavos, etc.

Pero el *time* de unos frailecitos de la orden franciscana da quince y raya al famoso de los perdigones y al ingeniosísimo del vicio. Estos indigentes *hermanos* tan castos, tan puros, tan buenos, tan... tontos como los creen la piara inmensa de exvtrgenes que se dejan la casa sin barrer y la ropa sin lavar por asistir puntualmente a las funciones anunciadas desde el dorado púlpito, consiguen hacer suya la bolsa agena por medio del siguiente juego escénico: a las beatas que re-

galan cirios, velas, hachas y ciriales para que iluminen durante *ciertos ejercicios* los relucientes rostros de aquellas esculturas que no tienen de tales más que la madera, aconsejándoles satisfagan su limosna en metálico, encargándose ellos de comprar la cera. Pero no hay tales carneros ni tales cirios, sino que los benditos frailes, los estetas místicos, en vez de colocar ciriales en los plateados candeleros, como haría cualquier acólito del de Ricónete, se valen de unos cirios... de madera pintada a imitación de cera, y arriba, en el extremo de ese amarillento barrote, coloca una mariposa encendida flotando sobre cuatro gotas de aceite de orujo...

Con tal artimaña la ilusión de las despidenadas beatas es completa; satisfacen gustosamente, ocho, diez ó doce pesetas por la cera, y los cándidos franciscanos, los que abominan del robo, salen del paso con ¡15 ó 20 céntimos!... ¡Y sino fuera más que eso!... Lo bueno es que creen a pies juntillas todas las jivenes que caminan por *sorres* y los jóvenes todos que sueñan con la flamante teja, que la cera de los frailes es milagrosa, pues que se encienden un día y otro día los cirios del convento y éstos ni menguan, ni dejan ver los gruesos milagros que cuelgan desde su extremo superior... ¡Me río yo de todos los *ilusionistas* desde Onofroff hasta M. Vitenlly! Esos frailecitos son el mismo demonio.

Y no cansando más, se despide hasta la otra, no sin antes decir con la Iglesia: «el pasado me asusta y el presente me horroriza...»

JUAN... LANAS

Por rencores personales le ha negado el cura de Redonda la comunión a una feligresía.

No te apures, mujer inocente. Yo no comulgo, y ya ves. Tan guapote y de tan buen humor.

Guarda los preceptos de la higiene, y vivirás sana y contenta el resto de tus días.

## Cosas Literarias y Artísticas

ESCRITORES AMERICANOS

GUSTAVO GUZMÁN

He leído recientemente, con verdadera delectación, varios libros de este castizo escritor centro americano; y como quiera que en ellos resplandece junto a lo irreprochable de la forma lo liberal y progresivo de la idea que los inspira, así como el entrañable afecto que siente por nuestro pueblo, he creído un deber de conciencia, en justa reciprocidad, exponer mis impresiones sinceras y tributarle mis aplausos más entusiastas; que si las corrientes de atracción han de ser fructuosas y han de darnos con comunes, sacrosantos ideales, sólo conociéndolos y estimándonos resultarán éstos provechosos y no estéril declamación ó garrulal palabrería.

Titúlense los libros: *En París, El Conflicto, Margarita Roccamare, En Italia y En España*, y son una miscelánea de recuerdos interesantes, en que andan revueltas y mezcladas en justa proporción notas de arte, críticas acerbas y cantos entusiastas.

A la manera de los estudios de Goethe, de los *Recuerdos de Italia*, de Castelar, ó del admirable trabajo *La Alpujarra*, de Alarcón, pudo el señor Guzmán hacer poemas a través de cuyas estrofas se vislumbrara lo personal y propio de las impresiones; mas, con alto sentido de la realidad, y ganando con ello para el interés colectivo lo que perdieran en espiritualidad y misterio, prefirió vestirlos de caracteres novelescos, objetivar la acción y hacer que por entre ella se deslizaran apreciaciones, juicios, y críticas.

De aquí, inconvenientes y ventajas. Porque lo cierto es que a los admirables cuadros que con mano segura traza y a la riqueza de su colorido, se mezclan inverosimilitudes, situaciones inexplicables y caracteres falsos.

Los libros, no obstante estos lunares, se leen con interés.

En *París y Margarita Roccamare*, trazan el cuadro de la vida social en Francia, y más que en Francia en París, donde a vuelta de grandes encomios y sinceros elogios, no se muere la lengua para decir crudezas y pintar virgencias de la gran ciudad. Son curiosos sus juicios acerca del padre Jacinto, y sus reflexiones sobre el barrio latino, así como sus acres y virtudes censuras a la corrupción parisiense, donde envían a sus hijos para instruírse las más acomodadas familias americanas. No entrará por mucho en todo esto la vana pretensión y la crasa ignorancia de quienes de esta suerte se sienten halagados y aun satisfechos? Viste mucho eso de hablar como de cosa propia de los *boulevares*, del *Moulin Rouge*, de las mujeres, de los teatros resplandecientes, de las grandes casas de juego, aunque en todo ello se haya dejado girones del alma y pedazos del honor ó la vergüenza. ¡España! ¿A qué ir a eso viejo solar castellano? Sus hombres de ciencia se llaman Cajal, Echegaray, Landrér, Sales y Ferré, Salmerón, Azcará, Giné de los Ríos, Coño; sus artistas Sorolla, Pradilla, Bilbao, Benlliure; sus poetas Campoamor, Núñez de Arce... ¿A qué ir a ella? Ciertamente que se encontrarían los orígenes de su historia colonial y sus costumbres, que se respiraría el mismo ambiente, que se sentiría el calor de la propia sangre, pero ¿qué es todo ello, ante el velillo del sombrero parisiense que nos atrae ó la suave caricia del abismo que está ansioso de nuestra sangre ó nuestro dinero?

Siga, pues, la emigración de la juventud americana a París, que en él encontrará el veneno que inicie su sangre.

París es como los vinos generosos: debe beberse cuando se cuenta con lastro suficiente para resistir su acción.

En *El Conflicto* hace la historia de la contienda franco-alemana, y a más de mostrarse narrador hábil y hombre de gran cultura, se nos revela en ella como entusiasta defensor de nuestra raza, brutalmente atropellada por las masas de cañones y soldaditos de la confederación. Sin que falten sus críticas a la afechinada corte del imperio napoleónico, ni sus aplausos al gobierno heroico de la defensa nacional.

En *Italia* canta con inspiración canto de admirable encierra esa tierra privilegiada, y como en kaleidoscópica visión, cruzan sus ruinas venerandas, sus palacios, sus museos, sus poetas, sus

artistas, sus grandezas tradicionales, sus luchas medievales, sus actuales é irreconciliables cortes del Quirinal y el Vaticano. Y al tratar de los frailes y conventos, dice: «y, sin embargo, las monjas, los frailes y los conventos, que tal vez tuvieron razón de ser en los revueltos tiempos de la Edad Media, cuando el incansable batallar de los paladines y campeones producía tal ruido y confusión que el estudio y el recogimiento se hacían imposibles fuera del claustro, son en la actualidad verdaderas antigallas, anacronismos risibles en completa discordancia con el vapor, con la electricidad y con la imprenta.»

¿Qué hacéis allí, hombres ociosos é inútiles, en la plenitud de vuestras fuerzas, llenos de salud, de robustez y de vida, encerrados en esas celdas, ó paseando por esos claustros, sin más oficio que rezar, daros golpes de pecho, haceros monjas en la cara y en el cuerpo y revolver los ojos de arriba para abajo y de abajo para arriba, como si estuvierais conjurando las travessuras del diablo de la fabulista?

«San Francisco, San Antonio, San Benito, Santo Domingo, San Ignacio, señores y caballeros de los siglos pasados, dejadnos el campo libre; os rendimos las gracias por vuestros servicios: vuestra misión ha concluido: vuestra celda no tiene razón de ser. Si resucitáis en nuestros tiempos, seréis siempre grandes hombres, porque fuisteis grandes caracteres; pero en lugar de conventos, fundaréis escuelas; en vez de salmos, cantaréis óperas; en vez de sermones, pronunciaréis discursos; y lo más de pensar en un Dios terrible y vengador que quiere el martirio y el sufrimiento de sus hijos, veréis por todas partes las señales de un Dios bondadoso que desea la felicidad, el contento y el bienestar de los hombres.»

Si libro *En España*, concluye con estas palabras: «La España es, sin duda, un hermoso é interesante país: ninguna nación tiene quizá una historia tan rara y tan fecunda en acontecimientos extraordinarios. Ninguna presenta un carácter tan marcado, un tipo tan especial, una tenacidad y constancia tan notables en conservar sus usos y costumbres. Invalida por todos los pueblos y todas las razas del mundo, por los asiáticos, por los africanos, por los godos, por los vándalos, por los romanos, por los cartagineses, por los sarracenos, por los alemanes, por los franceses, ha vivido luchando y defendiéndose, y de la mezcla de tantos pueblos ha resultado ese pueblo especialísimo, valiente, arrogante, caballeresco, soñador a veces, á veces temerario y arrojado hasta el delirio; ahora avanza hasta llegar a ser la primera nación del mundo, y luego retrocede y se empujea, como cansada de tanto empuje, para volver a levantarse y engrandecerse, y a producir pueblos y naciones que le toman su sangre, su vitalidad y su espíritu, y la desconocen como madre y la insultan y desprecian para volverla a querer, a respetar y a ensalzar después: valen eterno que parece ser la imagen del mundo todo y que deja siempre una esperanza, aun en medio de los mayores desastres.»

Véase, pues, cómo no incurrimos en desmesurado elogio, al decir que el señor Guzmán honra a las letras nicaragüenses, y merece notarse en el movimiento literario hispano-americano.

Nuestros plácemes por sus trabajos y las gracias más expresivas por el envío de sus libros interesantes.

ENRIQUE ROGER

A la hora señalada, y al toque de la campana municipal, salió el ayuntamiento y demás invitados para la catedral de Plasencia el día del Corpus, y cuando llegaron a la puerta, ya había salido la procesión. De regreso, y concluidos los oficios, se marcharon sin que la comisión del cabildo que sale a despedirlos a la puerta, lo verificase.

Y, no obstante, seguirán subvencionando fiestas religiosas y acudiendo a ellas como borreguinos.

Me causan a veces más repugnancia los que se dejan vejar y atropellar, que aquellos que los atropellan y los vejan.

## COMUNICADO

Señor director de El Morin.

Muy señor mío: Como no es posible suponer que la redacción de ese ilustrado semanario obre en cierta y determinada clase de asuntos, asaz graves por su naturaleza, sin pleno conocimiento de causa, ó, por lo menos, sin que las noticias de que se hace eco le merezcan entero crédito, he de sospechar que ha sido sorprendente la burla fe de la redacción de EL MORIN. Creer otra cosa sería dudar de su caballerosidad y dignidad profesional.

Ignoro la procedencia de la noticia inserta en el número 23 de esa publicación correspondiente al 9 del actual, y en la que sin ningún género de reservas se afirma rotundamente *se cometen toda clase de abusos en el penal de Santaña*.

Triste es, señor director, que cuando a costa de cruentos sacrificios, de grandes penalidades y de constante lucha se consigue llevar a una penitenciaría, completamente *desorganizada*, por causas mil, que no son del momento detallar, un régimen severo, una moralidad sin tacha, una disciplina sin ejemplo en los anales de la historia de este penal, se viertan especies tan falsas y con las que se hace girones, sin respeto de ninguna especie, la honra y dignidad de funcionarios esclavos siempre del sagrado cumplimiento del deber. Desde hace más de un año ni un solo hecho que pueda poner en duda cuanto llevo afirmado ha podido venir a levantar la más pequeña sospecha en el ánimo de aquellas autoridades que, por mandamiento de la ley, están llamadas a inspeccionar el régimen y moralidad de las penitenciarías. Jamás con mayor motivo puede el personal del presidio de Santaña levantar con más orgullo su frente, pues, quíbrase en ninguna otra ocasión se ha sacrificado, ni expuesto sus vidas en aras del deber como en la ocasión presente en este establecimiento, donde ni la más insignificante base hallaron en que poder asentar los cimientos de su obra, debida sólo al amor al cargo y a la dignidad del Cuerpo a que se honran en pertenecer.

Cumple, pues, señor director, a la hidalguía de esa redacción rectificar conceptos tan ofensivos, con desprovistos de razón, autorizando a usted para que rete a quien le haya dado tal noticia para que descubra ni la más pequeña inmoralidad cometida en este establecimiento desde que me halló a su frente, esperando perfectamente tranquilizo la investigación más escrupulosa que pueda ordenarse.

Paso por alto la segunda parte de la noticia, que envuelve un fin político, y en el que ni soy

llamado a intervenir ni me interesa en lo más mínimo.

Aunque lamentando las causas, aprovecho gustoso la ocasión que se presenta para ofrecerme de usted atento y seguro servido q. b. s. m.

José DE MARTOS

Santofia 14 de Junio de 1900.

Ruego a la persona que me envió datos para hacer el suelto, que lea lo que en el anterior *Comunicado* se dice, y lo desmienta con pruebas, si es que puede. De lo contrario, quedará retirado el suelto, y el director del penal en el lugar que le corresponde.

A pesar de que parece que aumenta la afección a los actos religiosos, en Barcelona han tenido que alquilar este año 300 individuos para que hicieran bulo en la procesión del Corpus.

Esos 300 se alquilan por unas horas; otros están alquilados por toda la temporada clerical. Cuando empiece la otra, la liberal de veras, ni a pedradas vamos a conseguir llevar las gentes a las iglesias. Ya lo verán ustedes. Y es que la fe no ocupa ya en los pechos el lugar que solía.

Por más que parezca lo contrario.

## EL DEMONIO EN ALLONES

Con este simpático título circula por la prensa gallega la noticia siguiente:

«...Es el caso que en el pueblo de Allones vive una anciana llamada Juliana en compañía de una niña de corta edad, y en aquella vivienda están sucediendo cosas inverosímiles que tienen en constante alarma al vecindario. De todas partes caen piedras que, después de señaladas por algunos vecinos del pueblo con una marca especial, vuelven a desaparecer de la vida de los concurrentes, sin que se note la acción de ninguna fuerza exterior visible; la anciana es abofeteada constantemente, pudiendo escucharse de una manera clara el chasquido que produce en su cara la misteriosa mano. En presencia de testigos de veracidad reconocida es atada con una cuerda y arrastrada por el suelo sin que nadie pueda ver de que sitio parte; de un armario cerrado sale con vertiginosa velocidad un pillo de una romana que viene a caer en medio del público, que permanece mudo de terror, los carbones del fogón se elevan a gran altura, y, en fin, son tantos y tan repetidos los hechos, que no dejan lugar a duda de que en aquella morada algo ocurre que reconoce por causa una fuerza para nosotros desconocida.»

Cualquiera, al leer lo anterior, supone que se trata de una broma de la prensa. Pues, no señor; la cosa tiene miga, a juzgar por la siguiente carta que ha dirigido a *El Diario de Pontevedra* don Juan Antonio Combarro, párroco del propio Allones:

«Mi distinguido amigo: En vista del gran deseo que usted muestra, voy a enterarle de lo ocurrido en casa de la viuda Juliana Rodríguez Ferreiro, que vive aquí con su nieta de doce años, ambas muy buenas cristianas y de mucho fervor religioso. Le diré algunas cosas, no todas, porque esto no cabría en los límites de una carta.

A principios de Febrero de este año vino a la rectoría Juliana Rodríguez pidiéndome que se celebrase la misa de aniversario por el alma de su difunto esposo José García Pérez. La razón de suplicarme que dicho acto se hiciera cuanto antes era el temor de que este desdicho fuese la causa de mil vejaciones que estaba sufriendo en su propio domicilio.

La pobre anciana, llorando desconsolada, hizo una larga historia de lo que le venía sucediendo largo tiempo, y me pidió que no lo revelase a nadie por temor a que su buen nombre sufriera descrédito.

Nada más me pidió ese día. Yo caliqué los dichos de Juliana como simples cuentos de vieja, y máxime cuando algunos de los hechos que contaba violaban el orden natural. Yo tengo prevención contra estos relatos y siempre los he juzgado como suposiciones de alucinados.

No la contradije por no incomodarla y hasta la hice acompañar de varias personas que velasen la casa por dentro y fuera, como así lo hicieron aquella misma noche.

Al otro día por la mañana vino uno de los paisanos que durante la noche anterior quedaran en casa de la vieja, y no tenía palabras para exponerme los sucesos allí ocurridos, pidiéndome por Dios que fuera a bendecir la casa.

Ni aun con esto quise convencerme de que tales casos fuesen ciertos, porque me parecían imposibles, pero como no acostumbré a hacerme el rogado para lo que mis feligreses necesitan, fui al día siguiente a la casa de la vieja provisto de los objetos exigidos por la rubrica para esta clase de cosas.

Como usted debe suponer, yo iba muy preocupado, dando vueltas y mas vueltas a la cabeza para dar con la causa de tales hechos (que consideraba ridículos) en el caso de que se repitiesen a mi vista, y convencer a aquellos infelices de la sinrazón de sus alarmas.

Cumplí mi deber bendiciendo toda la casa, sin que en todo ese momento notara cosa alguna de particular, pero al sacar la pella y guardar la estola, cae una piedra suavemente al suelo. Algo me alarmó y avisé mi diligencia; no se hizo esperar mucho la caída de otra piedra en condiciones tan raras, que me hicieron cambiar de parecer; enseñada voy y siento caer a mi lado el pilón de una romana y luego el mango de un paraguas. ¡Cosa pasmosa! Como si esto fuera poco caen unas seis ó siete patatas esféricas colocándose todas sobre una piedra de la habitación, y entonces quedé convencido de que la cosa era prodigiosa y de que resultaba cierto el relato de la paisana y de las demás personas que se habían quedado la noche anterior con ella.

Confieso que tomé miedo al ver que aquello no era superchería ni tenía explicación natural y que para negar los hechos había que negar el testimonio de los sentidos, de la vista, del oído y del tacto.

Otro día fui a aquel domicilio para abrir el testamento del difunto García Pérez, y en una sala bien pisada y foyada, estando las ventanas cerradas, caen en medio de la habitación varias patatas que no me sorprendieron por haber presenciado los hechos anteriormente relatados. No quise ir más a aquel domicilio, porque tomé verdadero miedo, sobre todo de noche.

Lo dicho es cierto, y así lo declaré en una información *severa y jurada* ante el arcipreste del

partido y notario civil y eclesiástico, con testimonios de personas veraces y formales como el juez municipal, fiscal, farmacéutico y otras, que presenciaron los mismos hechos y otros más establecidos.

Algunas personas sufrieron lesiones al caer las piedras, los tizonas del fuego, pedruzcos de jabón y otros objetos.

A la anciana la tiraban por el cabello, por la ropa hasta rasgársela, la palmeteaban y la escupían, hasta dejarle tachonada de espulso las mangas de la chaqueta.

Los que presenciaban esto veían sólo los efectos pero no el agente que los producía.

Muchos interesados en averiguar la procedencia de tales atropellos, recogían las patatas y las mascaban, pero desaparecían volviendo después partidas en dos.

Los tizonas del fuego se levantaban haciendo zig zag en el aire, para caer luego en medio de la sala en planta alta.

Se vieron caer varios lotes de ropa, hechos momentáneamente, con trapos y vestidos que había extendidos por la habitación.

Con asombro de todos se vió desprender la tapadera del horno viniendo a pegarse a la espalda de la anciana, así como los tizonas de la cocina, palos y otros objetos.

Un día estuvo un tiesto moviéndose y molestando a cada instante, hasta que la anciana mandó a la niña que lo guardase en una artesa; así lo hizo y ¡cosa prodigiosa! al poco rato, sin abrirse la artesa, vuela el tiesto a danzar por la habitación.

Esto no le pasaba sólo en casa sino fuera de ella, pues un día se puso a peinar al aire libre y no pudo, porque le arrojaban objetos en el pelo, le escupían en la cara, en la ropa y la llenaban de piedras la taza de agua donde mojaba el peine.

Muchas veces encontraba el pote del caldo lleno de piedras, y me callo otras cosas verdaderamente deshonrosas, porque el pudor lo aconseja.

Notaré usted que nada dije respecto a la nieta de Juliana. Es una niña sencilla pero discreta, que nunca se asustó porque nada le hacían, pero llegó su hora y fué también palmeteada y apedreada; también le echaron dos cuerdas envolviéndole el cuello hasta no dejarla gritar, zarandeándola por la cocina en ocasión en que su abuela estaba en la sala. Al día Juliana el ruido llamo a su nieta, pero ésta no le pudo contestar, bajando entonces la vieja, que quedó consternada al ver cómo atropellaban a la pobre criatura. Desde entonces la niña está muy triste y llena de miedo.

Tan ciertos son estos hechos, que he dado parte oficial al Prelado, por cuyo motivo se instruyó la citada información.

Que no se crean estos hechos, no me extraña, porque mientras no se ven parecen increíbles; pero si me extraña que se atribuyan a llaneros impostores. Busquen la causa natural de todo esto y hemos concluido.

El curso de tales fenómenos tuvo varias intermitencias y acabamos de pasar unos ocho días sin nuevos sucesos.

Suyo afmo amigo y s. s. q. s. m. b.—Juan A. Combarro.

Allones 1.º de Junio de 1900.

Los periódicos neos dicen que todo eso es obra del diablo; y aunque yo siempre creí que ese pobre señor es tonto, nunca imaginé que, después de estar tantos siglos sin hacer nada, saliese ahora tirando patatas y molestando viejas.

Suplico al director del manicomio más próximo a Allones, que vaya preparando celdas, por si acaso.

Plantaron en la calle a un asilado de la casa de Misericordia de Pamplona y en el acto se presentó a nuestro corresponsal pidiéndole periódicos anticlericales para venderlos.

El domingo vendió muchos números de *El Porvenir Navarro*, é inmediatamente le buscaron unos indecentes beatos y le ofrecieron aluvias y el pan correspondiente si no volvía a venderlo. El los mandó a donde se van solitos los neos guiados por un sucio instinto.

Con que ya lo saben los pobres que no tengan ni para aluvias: A vender periódicos liberales y se las ofrecerán los neos. Mas no se fíen, pues son muy sinvergüenzas, y exijanles por lo menos un par de años adelantos.

La palabra del neo nunca es tan fija como su coz.

## SELLOS CON LOS RETRATOS

DE

ORENSE, FIGUERAS,

RUIZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen a la venta para fines de propaganda.

Los pedidos a la administración de EL MORIN.

## OBRAS NUEVAS

### DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen a la venta para fines de propaganda.

Los pedidos a la administración de EL MORIN.

### IOJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen a la venta para fines de propaganda.

Los pedidos a la administración de EL MORIN.

### Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada uno: 1 peseta.—Para los suscriptores a EL MORIN, 50 céntimos.

Si dejase de ir EL MORIN a alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.